



## *Leopoldo Alas, Clarín, frente a la crisis de fin de siglo*

Yvan Lissorgues

### **La obra regeneradora de Leopoldo Alas y de los institucionalistas durante los tres primeros lustros de la Restauración**

Las investigaciones llevadas a cabo durante las últimas décadas en los campos de la historia y de la literatura han singularmente aclarado tanto lo que la historiografía actual denomina *crisis de fin de siglo* (Rafael Pérez de la Dehesa, 1970; Tuñón de Lara, 1974; Jover Zamora, 1981; Martínez Cuadrado, 1991; Mainer, 1975; Inman Fox, 1976; José Luis Abellán, 1989) como la posición de Leopoldo Alas (y de otros intelectuales coetáneos) frente a dicha crisis (Lissorgues, 1983 y 1989; Sobejano, 1985; Sotelo, 1988). Pero las denominaciones genéricas resultan siempre poco satisfactorias en historia; el caso es que *Crisis de fin de siglo*, si bien es terminología más exacta que *Crisis del 98* (más aún cuando se piensa que este último rótulo vino a cobijar, a partir de 1913, la muy discutible etiqueta de *Generación del 98*), enfatiza tal vez demasiado un momento por cierto crucial de la historia de España pero que no se cierra con el siglo, ya que es más la crisis incipiente del siglo XX que la del XIX que acaba. Tanto es así que algunos estudiosos del período concluyen que dicha crisis es *crisis de la modernidad*. Puesto aparte el hecho de que cualquier momento crucial de la historia puede verse como crisis de modernidad, ¿qué se entiende por esta palabra en el período que nos ocupa? ¿Será la indudable aceleración del desarrollo técnico, el discutible progreso de las ideas o el más discutible aún progreso social? ¿Será la liberación y la

renovación de las formas estéticas? ¿En virtud de qué criterios puede afirmarse que son más *modernos* Rubén Darío o Azorín que Pérez Galdós o Clarín? ¿No será, como demuestra Habermas, porque se ha sustituido el concepto de modernización a la idea «legitimadora» de modernidad que, desde Hegel, se inscribe en la continuidad histórica del racionalismo occidental? (Habermas, 1988: págs. 3-5, 27-60).

Estas consideraciones ingravidas podrían ser objeto de grave (y tal vez polémico debate), pero sería otro debate, aunque no del todo extraño al que nos toca abrir. En efecto, la posición de Alas frente a los problemas que surgen en España en la última década del siglo es un elemento que merece tomarse en cuenta cuando se pretende aclarar la amplia y compleja perspectiva que reúne lo que se suele denominar no menos convencionalmente siglo XIX y siglo XX. Ahora bien, la mayoría de los manuales de historia de la literatura suelen, en un principio por necesidad didáctica y luego por rutina, encerrar en sendos capítulos estancos *Realismo* y *Modernismo* (o *Generación del 98*), cuando coexisten y pugnan durante varios años las dos orientaciones. Casi siempre es así: lo nuevo (o la novedad) tiende en la perspectiva del tiempo a ocultar y hasta a borrar ese algo de lo anterior que sigue viviendo (Buen ejemplo de ello encontraremos al estudiar el *regeneracionismo*, o al analizar las inflexiones del realismo en la última década del siglo). Por eso son muy oportunos los trabajos que se fijan en los períodos de transición y los que no los descuidan (Serrano-Salaün, 1991; Mainer, 1994; Alonso, 1994: págs. 168-198), como es oportuno y muy de alabar el presente encuentro en torno a *Los escritores de la Restauración. Hacia el 98*.

\* \* \*

Las consideraciones epistemológicas anteriores nos incitan a poner de relieve la originalidad de la posición de Clarín (posición compartida con otros intelectuales más o menos influidos por el pensamiento krausista) con relación a las varias reacciones suscitadas por las graves cuestiones que agitan el final del siglo. Puede ser paradójico, pero nos parece más original (hasta más moderno por su auténtica coherencia racional) el pensamiento social de Clarín y su actitud frente a los movimientos obreros que las posturas pronto tomadas y dejadas de la *gente nueva*; más original también, aunque no nueva su concepción de la regeneración de España; más original, casi singular, su pensamiento filosófico y religioso, así como su concepción literaria y su estética.

Vamos, pues, a examinar las respuestas de Clarín a las nuevas problemáticas sociales, culturales, filosóficas, literarias, etc., que se plantean en la España de la última década del siglo; lo cual no puede ser del todo original ya que estos aspectos han sido ampliamente estudiados por la crítica durante los últimos veinte años.

\* \* \*

Pero para facilitar la comprensión de estas respuestas, es necesario recordar la importancia alcanzada por la figura de Clarín en las primeras décadas de la Restauración y es imprescindible caracterizar brevemente el núcleo de su pensamiento y de su personalidad, así como de su ideología. La obra escrita de Leopoldo Alas, su centenar de cuentos y novelas cortas, sus dos novelas publicadas, sus folletos literarios y sobre todo sus innumerables artículos (más de 2.100) sembrados casi a diario durante 25 años (de 1875 a 1901), en multitud de periódicos y revistas de España y América, dice ya que el autor de *La Regenta* fue realmente en su tiempo el «provinciano y universal»,

según la feliz denominación de Juan Antonio Cabezas (Cabezas, 1936). Pero no fue *La Regenta* y menos aún *Su único hijo* lo que le dio fama entre sus contemporáneos, sino su ingente labor periodística. Dotado de una extraordinaria capacidad de asimilación, Clarín consigue dominar toda la producción literaria y filosófica de su tiempo, tan española como europea y se impone pronto (a partir de 1880) como el mejor (y más temido) crítico literario de su tiempo (Sobejano, 1967; Beser, 1968) como autoridad intelectual y moral indiscutible (Sobejano, 1985; Lissorgues, 1989) y como el mediador en España del pensamiento estético y filosófico europeo (Lissorgues, 1983). Ningún aspecto de la vida española, y por lo que se refiere a literatura, cultura y movimiento de ideas, ningún aspecto de la vida europea escapa a su atención y siempre está pronto a reaccionar ante cualquier acontecimiento político, social, cultural, literario, ... que le parece significativo. Esas reacciones, que se expresan en formas diversas (pero en un estilo singular), ligeras y algo epidérmicas en no pocos de los «Paliques», reflexivas y profundas en las «Revistas literarias», las «Revistas mínimas», las «Lecturas», etc., proceden de un pensamiento fuerte y coherente, según la lógica de un ideario cuyo núcleo permanece relativamente firme durante los 25 años de actividad literaria y periodística, es decir, a partir del momento en el que el joven Leopoldo ha hecho suyos los valores básicos del ideal krausista y asimilado lo que su idiosincrasia le permite asimilar del pensamiento positivo y científico europeo. Queremos decir que por debajo de las varias posturas tomadas, según el transcurso de los años, frente a la realidad (política, social, literaria), el ser profundo se define por una serie de valores o convicciones e incluso por una ideología que, en lo esencial, cambian bastante poco. Lo que sí cambia y mucho es la manera de vivir estos valores, desde la actitud de radicalismo político y literario de los juveniles años madrileños (1875-1882), hasta una posición esencialmente marcada, a partir de 1889-90, por la primacía concedida a los valores espirituales y morales, pasando por el período de profundización «naturalista» de la realidad y de adhesión, en política, al posibilismo castelarista.

¿Cuáles son estos valores fundamentales que caracterizan al Clarín íntimo o, mejor dicho, que *son* el Clarín íntimo? En primer lugar un agudo sentido ético de la existencia, a partir del cual se enjuicia a los hombres, a las obras, a la sociedad. En segundo lugar, hay la exigencia de una transcendencia... divina. Son estos valores los que determinan en gran parte un ideario cuyos elementos claves podrían sintetizarse en las siguientes fórmulas (que por cierto exigirían amplio desarrollo explicativo): autenticidad ética, autenticidad religiosa, sustantividad de la realidad en su transcendencia («la realidad es pero es misteriosa», «lo ideal es realidad»), sustantividad humana y relativa de la belleza y por encima de todo, como impulso constante hacia un futuro indeterminado, fe en el progreso del hombre gracias al poder redentor del saber y de la cultura.

En cuanto a la ideología, Clarín permanece fiel durante toda su vida a los grandes principios liberales (derecho de propiedad, libertad política, libertad de cultos, fe en el sufragio). Pero es un liberalismo vivificado y humanizado por la ética krausista, un liberalismo para hombres conscientes de sus deberes y que no tiene nada que ver con el *laissez faire, laissez passer* de la escuela de Manchester. Esta posición Clarín la comparte, con matices y variantes, con otras personalidades de la clase media, escritores y universitarios, las que, en su mayoría, han recibido directa o indirectamente algo de la enseñanza de Julián Sanz del Río o de Francisco Giner, como por ejemplo, Adolfo Posada, Urbano González Serrano, Rafael Altamira, Rafael Salillas, Pedro Dorado Montero, Sales y Ferré y también Joaquín Costa, el mismo Pérez Galdós y otros muchos.

Por lo que hace a la conciencia histórica, todos piensan que este ideal humano y social sólo puede prosperar, dadas las condiciones del momento, en la intelectualidad de clase media. Por eso mismo están convencidos de que la parte ilustrada de esta clase tendrá una misión hegemónica que cumplir a corto o a largo plazo, y a cuyo advenimiento se empeñan con ahínco en el campo de la enseñanza, de la cultura, de las artes, de la literatura, de las ciencias, de las ciencias sociales.

Y el hecho es que, durante el relativamente corto período de los 25 primeros años de la Restauración, se ha realizado una obra inmensa, aunque de extensión socialmente limitada, que en el campo de la cultura y de la literatura es ya para España un considerable paso adelante en el sentido de la modernidad. Los intelectuales y los escritores de uno y otro bando, o sea, para salir de las categorías políticas, el de los que se orientan hacia el progreso y el de los adictos a la tradición, han sabido aprovechar la poco honrosa paz canovista del turno para entrar en los debates, abiertos en la prensa, en los Ateneos, etc., en torno a las grandes ideas modernas, como por ejemplo, los problemas del realismo y del naturalismo, la estética de la novela, el positivismo, el evolucionismo y el transformismo, el problema religioso, etc. Es evidente, sin embargo, que la corriente más progresista del liberalismo (en la que se sitúa Clarín), la que sigue la estela del libre examen abierta durante el sexenio y está en relativa consonancia con el progreso de la ciencia y con algunas de las ideas modernas que imperan en Europa, es la que impulsa el movimiento. No se puede aquí y no viene del todo al caso hacer un balance general del ensanchamiento y de la profundización de las nuevas ideas que se verifican durante las dos primeras décadas de la Restauración. Además son elementos ya muy estudiados y bien conocidos, aunque falta una síntesis global. Permítasenos, sin embargo, insistir en cuatro aspectos, en los que Clarín está estrechamente implicado y que se relacionan con la idea de modernidad, según la concepción de Habermas antes aludida.

El primero es el de la enseñanza, terreno predilecto de Francisco Giner y de todos los que piensan ya desde los años sesenta que la «cuestión de España» es, según escribe Clarín en 1892, «la educación y la instrucción de los españoles» (Lissorgues, 1989: II, págs. 95 y ss.). «La personalidad de Giner y la experiencia de la Institución Libre de Enseñanza -escribe Francisco Laporta- son [...] los acontecimientos pedagógicos que tienden el puente, menos definido en otros países, entre las pedagogías "ilustradas" y románticas [Entiéndase a Rousseau, Pestalozzi, Froebel y en España a Pedro Montesinos] y las llamadas "escuelas nuevas" del siglo XX» (Laporta, 1977: pág. 22). El fin de la Institución es «hacer hombres», es decir, desarrollar en el educando todas las posibilidades intelectuales, afectivas (sensibilidad artística), físicas. A este ideal se adhieren los que como Clarín quieren promover una pedagogía de libre examen. Sobre este punto los numerosos estudios eximen de dar más amplias explicaciones y remitimos a Jobit, 1936; Cacho Viu, 1962; Gómez Molleda, 1866; López-Morillas, 1969; Jiménez Landí, 1973; Díaz, 1973; Laporta, 1977, y por lo que se refiere a Clarín, Lissorgues, 1989, II: págs. 44-129. Lo que interesa subrayar, según nuestra perspectiva de estudio, es que, aunque Clarín y el más amplio sector de los institucionistas, por llamarlos así, lamentan la alta tasa de analfabetismo que coloca a España en las últimas posiciones en el conjunto de las naciones civilizadas, aunque denuncian frecuentemente la inercia del Estado y de las clases dirigentes, consideran que lo más urgente es preparar una elite realmente ilustrada capaz de asumir, lo más pronto que se pueda y no puede ser sino a medio o largo plazo, un verdadero papel de *clase directora* para dirigir al país por el camino del progreso (Díaz, 1973: págs. 151-160). Es una finalidad progresiva,

encaminada a promover el saber y la moral (pues para Giner y para Clarín, el mal es la ignorancia), primero en una elite y luego en todas las clases. Clarín y la mayoría de los ex-revolucionarios del sexenio ya no quieren revolución, por temor a los excesos de las masas y a las ideas incontrolables, pero creen en la evolución y en su propia capacidad para influir en el enriquecimiento del hombre en el sentido del bien.

Dentro de tal concepción, la crítica literaria desempeña un papel importante y es éste el segundo aspecto al que nos parece oportuno aludir. La misión histórica de la crítica es la de educar al público y contribuir al perfeccionamiento del hombre (Beser, 1968: págs. 149 y ss.; Lissorgues, 1989: II, págs. 21-25). Para Clarín, la regeneración intelectual y moral exige que se persiga sin tregua la estupidez y el mal gusto, de tanto peso, según él, en la España del momento, y se haga resaltar lo bueno (Sobejano, 1967: págs. 139-177). Sobre todo la crítica tiene una afirmada misión educativa: facilitar la comprensión de la belleza artística pero también explicar ideas, difundir novedades literarias europeas, etc. Así pues, por su misión reformadora, esta crítica no es exclusivamente artística sino mucho más. Sin olvidar la sustantividad del arte, la poesía, lo inefable, sin olvidar los valores estrictamente literarios, Clarín, por ser un gran pensador abierto a todas las actividades del espíritu, y cuyos artículos son a veces verdaderos ensayos, enjuicia las obras en función de criterios extraliterarios, antropológicos, sociológicos, metafísicos y sobre todo éticos.

El tercer aspecto que hay que subrayar, colocándonos en la perspectiva del desarrollo de la modernidad, se refiere a la novela que durante los primeros lustros de la Restauración alcanza el nivel que hoy le merece al período el marbete de *gran realismo* del siglo XIX. Y si recordamos tan palmaria evidencia es tan sólo para poder decir que, en torno a los años ochenta, nace y crece, por fin, esa novela nacional cuya ausencia o debilidad tanto se lamentaba desde los años 1840 pues se vivía como un verdadero complejo colectivo de inferioridad cultural. La gran novela realista, la de Valera, Alarcón, Pereda, Galdós, Clarín, la Pardo Bazán, Palacio Valdés, Picón..., la que por fin, desde Cervantes y la picaresca, puede competir sin desmerecer con las obras más notables de las literaturas europeas, es vivida colectivamente como una aventura cultural de gran alcance, con sus polémicas, sus debates, en los que intervienen, por sentirse implicados, todos los ciudadanos e intelectuales que de lejos o de cerca se interesan por la moral y por el arte. No debe olvidarse ese auge alcanzado por la novela realista, fertilizada por las aportaciones temáticas y estéticas del naturalismo, no debe olvidarse al estudiar las inflexiones literarias del fin de siglo y al evocar las incomprensivas y por eso brutales e injustas manifestaciones de desprecio de los que, a partir de 1895, poco más o menos, dan en llamarse *gente nueva* (Los «jóvenes» del grupo *Germinal*: Ernesto Bark, Ramiro de Maeztu, Joaquín Dicenta, etc. y también Martínez Ruiz, joven de veras, y Unamuno que, en 1921 escribe «las figuras de los realistas suelen ser maniqués vestidos, que se mueven por cuerda y que llevan en el pecho un fonógrafo que repite las frases que su Maese Pedro recogió por calles y plazuelas y cafés en su cartera»). Tales juicios, tan frecuentes en los primeros años del siglo XX entre los que quieren conquistar *su* futuro, traducen una total incomprensión de la modernidad histórica de parte de quienes se creen más modernos. Pues cabe preguntar: ¿hubiera sido posible la *nivola* o *La voluntad* o la novela de Baroja sin una estética de la novela fraguada a partir de las mismas obras de Pérez Galdós, Pereda, Clarín?).

Por lo que hace a la enseñanza, a la concepción del arte y de la crítica literaria, la posición de Clarín, que fundamentalmente es la misma que la de Francisco Giner y la de los intelectuales liberales progresistas (progresistas en el sentido de que van movidos por la convicción de la perfectibilidad del ser humano y, por lo tanto de la sociedad), es ya muy conocida y remitimos a la abundante bibliografía anteriormente citada. Pero hay otra actividad (y será el cuarto aspecto aludido), menos estudiada en su conjunto, a la que se dedican casi todos, es la investigación o por lo menos la reflexión sociológica (Núñez Encabo, 1976; Jerez Mir, 1980). Hasta tal punto que, y dicho sea por vía de paréntesis, a partir de este ángulo podrían enfocarse las demás actividades intelectuales del último tercio del siglo, incluso la novela realista, pues en ella el principio básico es que la ficción vaya regida por «leyes» que sean trasunto de las que imperan en la sociedad. Así pues, sin atentar a la especificidad del texto literario, es legítimo y oportuno ver que dicho texto saca su estructura, su *morfología* (Sobre esta *biología artística* de la novela, es de imprescindible consulta el estudio de Gonzalo Sobejano: «El lenguaje de la novela naturalista» - Sobejano, 1988: págs. 597-605) del «para-texto» que constituyen la antropología y la sociología estudiadas por los incipientes sociólogos de la época, entre los cuales figuran, en cierto modo, los mismos novelistas, observadores atentos e ilustrados del hombre y la sociedad contemporáneos.

Es, por otra parte, significativo de una dinámica de clase (y empleamos la palabra a falta de otra más precisa), el hecho de que, en España, la sociología moderna nazca en el ámbito del pensamiento liberal fortalecido por el idealismo krausista y enriquecido por el empirismo derivado del positivismo. Es que, en España, no se ha verificado la revolución burguesa. El proceso de industrialización es incipiente y el intelectual de clase media no encuentra en su entorno la clase social capaz de acoger y dar vigencia a las nuevas ideas sociológicas (más o menos derivadas del sistema de Auguste Comte) que ya imperan en las naciones europeas más adelantadas. Para los nuevos sociólogos españoles (Adolfo Posada, Urbano González Serrano, Rafael Salillas, Sales y Ferré, y otros) y los que comparten sus posiciones eclécticas, como Clarín y Pérez Galdós, no se trata de consolidar un orden sino de conquistarlo. Y al respecto, la corriente idealista es la más adecuada como asidero frente a una situación social no bien determinada y sobre todo como fuerza ideológica capaz de dinamizar el movimiento hacia el futuro.

Hacia el futuro, profundizando y ensanchando todas las posibilidades intelectuales, morales y espirituales del presente tal parece ser, y tal es en última instancia, la aspiración histórica de nuestros intelectuales y entre ellos de Clarín que, gracias a su incansable actividad literaria y periodística, es ya por los años de 1890, una de las figuras emblemáticas de ese movimiento que se fundamenta en la certidumbre de su superioridad cultural y espiritual y que por eso quiere creer que es la posible avanzadilla de la España futura. Pero no se les escapa que este ideal que quieren encarnar ya en el presente está en equilibrio precario en una sociedad diferenciada, en cuyo seno ocupan una posición minoritaria en una clase media débil y poco ilustrada, entre, hacia arriba, una oligarquía aristocrático-burguesa que detenta el poder económica y político y en la que los valores aristocráticos siguen polarizando las aspiraciones del imaginario burgués, y, hacia abajo un *cuarto estado* (o clases bajas, o clases populares) secularmente postergado.

Este ideal, socialmente precario pero cultural y moralmente fecundo, se ve amenazado o por lo menos agredido a partir de los primeros años de la última década por las consecuencias ideológicas de una serie de acontecimientos políticos, sociales

(económicos) que son en realidad emergencias de olas de fondo que vienen de más lejos y provocan en la sociedad española graves turbulencias y, en las mentalidades, trastornos que inciden en los campos de la cultura y de la literatura. Esta crisis, denominada *crisis de fin de siglo*, objeto de numerosos replanteamientos, análisis, nuevos enfoques de parte de muchos estudiosos de la historia y de la literatura (véase *supra*), no puede considerarse únicamente como consecuencia de la guerra de Cuba y de la pérdida de las últimas colonias. Es verdad, sin embargo, que la conmoción que resulta del «desastre» del 98 es el punto culminante del malestar de la conciencia nacional, un momento patético, en el que se plantea como nunca y en toda la nación, el problema de lo que es España, con respecto a lo que fue y en relación con los demás países. Además, según Tuñón de Lara, el choque del 98 fue un remolino potentísimo que actuó «sobre comportamientos e ideas de gran parte de la burguesía, de propietarios agrícolas, de pequeños comerciantes de tipo medio, etc., que se sentían enteramente frustrados. Ahí encaja, desde el punto de vista de esas clases, el imperativo de una *regeneración*» (Tuñón, 1970: pág. 58). El hecho nuevo y original en el contexto español es la emergencia de cierta conciencia histórica de la pequeña burguesía y de las clases medias que desemboca en un conato de protagonismo político de esas «clases neutras», no por pronto fracasado menos significativo. Clarín enjuicia ese movimiento, abusivamente llamado *regeneracionista*, en función de su alto ideal «ético-liberal» y lo denuncia por superficial y sobre todo por... peligroso.

Pero otros factores de la crisis, de mayor alcance, son anteriores, como la afirmación de la vitalidad de la burguesía catalana, que se traduce ya desde los primeros años de la década de los noventa por reivindicaciones, entre autonómicas e independentistas (Bases de Manresa, 1892, *Renaixensa*), al parecer exacerbadas luego por la «derrota» pero que en realidad aprovechan la aparente debilidad del Estado para imponerse (Apoyo a la efímera tentativa de Polavieja en el ministerio Silvela en 1899, Unión Regionalista, etc.).

Por fin, y mucho más determinante que todo en la crisis y, en todo caso, muy perturbador para el equilibrio ideológico de Clarín, es la brutal salida al protagonismo histórico de la clase obrera; por lo cual se inicia uno de los polos fuertes de la conflictividad que va a marcar todo el siglo XX. Una de las consecuencias inmediatas es que la *revolución desde abajo*, que implican las ideologías obreras, seduce en un primer momento a un amplio sector de la intelectualidad pequeño burguesa que quiere abandonar el campo liberal y la lucha por un Estado democrático, considerado como una antigualla ya en bancarrota (Fox, 1976). Clarín, siempre consecuente con su ideario, no transige con las actitudes de quienes le parecen meramente oportunistas, en cambio sabe encontrar un terreno de comprensión humana con la autenticidad de los socialistas.

\* \* \*

Nos parece imprescindible, ahora, abrir un paréntesis, es decir, dejar por un momento la lógica del enfoque clariniano de la crisis para remontar un poco la vista y abarcar el período de una manera más global y así mejor contextualizar la actuación de nuestro autor. Para no alargar la digresión, nos limitaremos a dar algunas conclusiones convincentes de muy detallados estudios de prestigiosos historiadores como Manuel Tuñón de Lara, Miguel Martínez Cuadrado y José María Jover Zamora. La primera conclusión es que no hay crisis política: el sistema canovista, bien arraigado en sus cimientos caciquiles resiste todos los embates. El poder absoluto del bloque oligárquico

había generado, casi naturalmente (pues siempre pasa lo mismo con las hegemonías), un discurso nacionalista en el que se asimilaba el interés de España con los propios intereses de clase. Y en 1898, la responsabilidad histórica del desastre, que la oligarquía debería asumir, se diluyó en las lamentaciones patrióticas de sus representantes sobre los males de la patria. Así se explica la paradoja: «fueron probablemente los medios dominantes [...] quienes primero se apoderaron del término generación» (Tuñón, 1974: pág. 73), incluyéndose en una misma retórica la invocación a los mitos de la fatalidad histórica con una enumeración de los males de la patria. Total que no hay quiebra política; más aún, el partido conservador refuerza su poder en detrimento de la causa liberal.

Si el régimen de la Restauración no entra en crisis es sin duda por la dispersión e inmadurez de las fuerzas que le son hostiles pero sobre todo porque las bases económicas de la oligarquía no sólo no se tambalean sino que se refuerzan por iniciarse un proceso de adaptación (gracias, en parte, a la repatriación de los capitales cubanos) a los nuevos imperativos capitalistas (Jover Zamora, 1981: págs. 386 y ss.). Así pues, no hay «desastre» en los campos de la política y de la economía.

Lo que sí se hace notable es cierta evolución de las estructuras sociales: se acentúa el desplazamiento de la población del campo hacia las grandes ciudades en curso de industrialización. La clase social denominada *cuarto estado* está, al final del siglo, en vías de proletarización.

El desarrollo del movimiento obrero, por una parte y, por otra, la omnipotencia político-económica de la oligarquía sentida como inveterada, acentúa en el heterogéneo complejo de la clase media y de la pequeña burguesía un sentimiento de frustración al no poder desempeñar el papel que, a las alturas del siglo XX, debería corresponderles como en el país vecino. Lo que queremos decir es que la crisis de fin de siglo, en España, es ante todo una crisis ideológica e intelectual, la que afecta a las clases medias. Pero es preciso ver que dicha crisis afecta tanto a los intelectuales como a los pequeños productores. Todos se declaran en ruptura con el orden establecido de la oligarquía y la clase política que la representa, responsable del marasmo en que están y en que está España. Pero las respuestas que dan son varias y a veces encontradas, incluso entre los intelectuales y, siguiendo a Jover Zamora (1981: pág. 387), distinguiremos, para clarificar el debate, tres orientaciones:

- La de quienes «sostienen la tesis burguesa del Estado democrático, liberal y de derecho» (Azcárate, Posada, Giner, Altamira, Alfredo Calderón, Morote, etc., **Clarín**)
- La de los que «pasan a expresar la protesta irritada, sentimental de la pequeña burguesía». Son los autores de la literatura *regeneracionista*: Lucas Mallada, Macías Picavea, Royo Villanova, Damián Isern, Luis Morote, y sobre todo Joaquín Costa, cuya personalidad y cuya obra rebasa con mucho los estrechos límites del *regeneracionismo* de fin de siglo.
- La de quienes asumen «más o menos circunstancialmente posturas socialistas o anarquistas» (la llamada *juventud del 98*, Fox, 1976).

La crisis aparece pues como la consecuencia de una serie de fenómenos sociales e históricos determinados y por eso hasta cierto punto «objetivables» que influyen en la



mentalidad colectiva y provocan reacciones y trastornos ideológicos, patentes entre los intelectuales de clase media.

Pero esa crisis española específica se sitúa en el contexto general europeo de crisis moral y espiritual, no tal vez de la conciencia burguesa sino de los intelectuales de la burguesía que ya no se satisfacen con lo positivo, ponen en tela de juicio el cientificismo, no creen en «el porvenir de la ciencia» se vuelven hacia la metafísica, el idealismo y algunos avanzan en la neblina del irracionalismo en busca de un norte que creen encontrar en las utopías socialistas o anarquistas, cuando no se dejan llevar por los refinados desenfrenos del decadentismo. El simbolismo, postergado por la hegemonía naturalista, sale a escena. Tolstoi parece vencer a Zola y Bergson tiende a sustituir a Comte. Todo lo cual tiene repercusiones en España y alimenta una efervescencia renovadora (y perturbadora) que se superpone a la agria crisis nacional.

\* \* \*

Para volver a nuestro autor, ya hemos sugerido que está presente en todos los frentes políticos, sociales, literarios para desenmascarar lo que le parece inauténtico o peligroso y para oponer a lo que considera falsas o apresuradas soluciones el alto ideal de sus convicciones ético-liberales. Y eso a pesar de sentirse cada vez más atraído por los problemas metafísicos y espirituales; lo cual muestra que siempre obran en él los *valores altruistas*. Tanto es así que su preocupación religiosa, al mismo tiempo que es una afanosa búsqueda íntima de religación, es también, en cierto modo, una respuesta a la crisis moral del fin de siglo, pues Clarín sigue buscando en el «espíritu nuevo» una razón de confiar en la historia, o sea en el futuro de la humanidad y sigue luchando, en este terreno también y como siempre, contra los dogmatismos petrificantes, las intolerancias, el «catolicismo de papel sellado», etc., y sigue siendo un observador atento, «experimental» de la realidad. El naturalismo (entendido como representación seria -por no decir objetiva- de la realidad) no sólo es siempre válido sino que es necesario para acoger la dimensión espiritual (como en las últimas novelas «crísticas» de Pérez Galdós). Tolstoi no se opone a Zola, puede completarlo. Aunque el mismo Zola, a la altura del fin de siglo, «caiga», según Clarín, en idealismos falsos y en utopías que son siempre digestiones precipitadas (*Las Novedades*, 13-VIII-1896).

Pues bien, quedan por ilustrar todas estas afirmaciones que pueden valer como guías de lectura o como introducción a un estudio pormenorizado que, por cierto, vamos a sintetizar porque la explicación minuciosa de los varios niveles y de los varios matices del pensamiento de Leopoldo Alas frente al fin de siglo o, dicho de otra manera, durante sus diez últimos años de vida, exigiría un libro, otro libro entero, tal vez muy aleccionador para nuestros tiempos...

## **Frente a la crisis de fin de siglo**

### **La cuestión social en el fin de siglo**

Cuando en 1890, con motivo de la primera manifestación del Primero de Mayo, se plantea brutalmente la *cuestión social* en términos de lucha de clase, Clarín en un primer momento comparte el temor que se ha apoderado de la burguesía y confiesa en una *Revista mínima* (*La Publicidad*, 14-V-1890 - Véase *Apéndice: Texto I*) que ve como una amenaza «el movimiento actual socialista». *Germinal* le aparece como posible prefiguración de futuras catástrofes. Sin embargo, en este mismo artículo, intenta definir la misión del intelectual ante la nueva situación. En primer lugar, censura a los que, como los simbolistas y los *modernistas*, se apartan de la historia para crearse un mundo propio, un mundo *Azul*, cultivando «el género *alaló*» (*Las Novedades*, 20-IX-1894). Tal actitud, «en tales momentos puede convertirse hasta en crimen». Notamos aquí la permanencia de una concepción responsable y altamente ética, tanto del hombre como del arte, según la cual no está moralmente permitido apartarse de la vida y de la historia. También condena a los oportunistas de toda laya, a los que hacen literatura alimentándose sólo «de los hechos del día».

Pero hay otra actitud, la única digna del intelectual que quiere trabajar por todos. Primero, éste debe comprender que de momento no puede hacer nada. Al decir esto, Clarín confiesa que la historia la están haciendo ahora los mismos obreros y que el intelectual debe renunciar al papel de mentor que se atribuía antes, cuando, en el *Prólogo a La lucha por el derecho* de Ihering o en varios artículos de *La Unión* o de *El Día*, consideraba como un deber luchar por la redención de ese *cuarto estado* que no disfrutaba de la plenitud de sus derechos y no tenía aún la conciencia ni la ilustración suficientes para redimirse por sí sólo de su postergación. Pero si debe apartarse de «los huracanes del día» no es para renunciar a su misión, al contrario, es «para preparar el pisto espiritual del porvenir, la fe o lo que sea, de mañana», a fin de que cuando esos miles de obreros consigan sus propósitos de descansar algunas horas al día y lleguen a leer, a estudiar, a meditar, entonces, «al llamarnos todos hermanos podamos hacerlo racionalmente, es decir, sabiendo que existe un padre, un Dios, o una madre, una *Idea*». Lo que Clarín afirma con fuerza es la exigencia de un fundamento espiritual de la fraternidad (Parecida necesidad afirmará Antonio Machado varias veces. Véase «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», 1934). Es indudable que en Clarín se han profundizado mucho los valores espirituales desde los años de fogosa militancia juvenil en las columnas de *El Solfeo* o *La Unión*. Lo cierto es que, en 1890 y hasta su muerte quiere creer en el porvenir. Puede haber en la historia momentos de insensatez como el que evoca en el cuento *Un jornalero* (escrito en 1891 o 1892), pero la razón se impondrá un día y la razón le dice a nuestro autor que el hombre no sólo es cuerpo sino también espíritu y alma. Para Fernando Vidal, el pobre *jornalero* de la pluma, el libro que cuenta la vida de Job «no es argumento socialista» pero, para Vidal como para Clarín, la filosofía que encierra «será la que sabrán las clases pobres e ilustradas de los siglos futuros muy remotos».

El auténtico camino del futuro, sólo puede abrirlo la voluntad del hombre para mejorarse a sí mismo: para trabajar en la reforma de la sociedad hay que «comenzar por reformarse a sí propio». Pero no por eso niega Clarín eficacia a la lucha social, dentro de ciertos límites. Seguirá luchando hasta su muerte contra la corrupción del sistema canovista, contra el caciquismo, contra la institución católica petrificada en la administración del dogma, y luchará, como siempre, por promover y desarrollar la instrucción y la educación, incluso de los obreros socialistas.

De hecho, la *Revista Mínima* del 14 de mayo de 1890 contiene todos los elementos de la filosofía que Clarín afirma en respuesta a la nueva situación creada por la emergencia del movimiento obrero. Lo que subrayamos es que las premisas de esta filosofía estaban fundamentalmente presentes en la obra anterior; lo nuevo es que la ética alcanza ahora abiertamente una dimensión trascendente, es decir, que la ética se ha espiritualizado. De 1889 o 1890 hasta su muerte, Clarín va a profundizar cada vez más esa dimensión espiritual, meditando las obras de todos los filósofos europeos que, de una manera u otra, contribuyen a lo que se suele llamar renacimiento religioso de fin de siglo y que, para él, es «el espíritu nuevo». Pero el lazo ético con lo de fuera queda fuerte porque el *yo altruista* (subrayamos, pues volveremos sobre este aspecto porque tal vez la absorción del yo altruista por el yo a secas marca un giro copernicano en la ética disfrazada de estética del fin de siglo) es siempre vivo. Por eso en la prensa, en las conferencias del Ateneo, en 1897, sobre *Teorías religiosas de la filosofía novísima* o con motivo, en 1899-1901, de las clases de la Extensión Universitaria de Oviedo, sigue manteniendo un diálogo abierto con los componentes del movimiento obrero. En realidad, con los anarquistas y con la *gente nueva* no es diálogo sino polémica. En cambio, con los socialistas hay un verdadero contacto y un intento de comprensión mutua.

El anarquismo no se salva a sus ojos en ninguna de sus manifestaciones. El anarquismo violento, lo condena por estúpido y bárbaro, porque «llama salvación el crimen» (*Heraldo*, 20-VII-1897). En cuanto a los retóricos del anarquismo, esos «cabecillas presuntuosos», «curanderos ácreatas», etc., Clarín los denuncia sin tregua. Para él, son intelectuales de la clase media que se han dejado seducir por teorías superficiales y peligrosas. Sin estudios profundos, sin reflexión previa han tomado «por ciencia sus lecturas fragmentarias de libros de superficial propaganda» (*Vida Nueva*, 19-XI-1899). Los intelectuales anarquistas, como algunos liberales (por ejemplo Forja de *La Regenta*), son seres inauténticos porque hay una enorme distancia entre lo que son, unos ignorantes, y la agresiva retórica de su ideología prestada. Por eso son peligrosos, como el cabecilla del cuento *Un jornalero* «que era un ergotista a la moderna, de café y de club, uno de esos demagogos retóricos y presuntuosos que tanto abundan». Es que Leopoldo Alas no puede aceptar que se pretenda construir el porvenir haciendo tabla rasa del pasado. «No se puede olvidar el pasado y crear un mundo nuevo todos los días», exclama en 1891 (Alas, 1891). Para él progresar es conservar todo lo que puede mejorarse.

En cuanto a la *gente nueva*, escritores o periodistas que, desengañados de los valores liberales, esgrimen una fraseología socialista, son para nuestro autor, unos reformistas en busca de un nuevo discurso, no de una nueva ideología. De hecho, no coinciden ni mucho menos con los partidos obreros. Dicho sea de paso, el hecho de que se utilice por primera vez un discurso socialista con fines reformistas revela, ya en 1897, el importante desarrollo de las ideologías obreras. En 1895, el estreno de *Juan José* de Joaquín Dicente da lugar a una verdadera explosión de interés por el socialismo entre la juventud intelectual. En cambio, el ensayo dramático, *Teresa*, en el que Alas se atreve a dar en el escenario una visión naturalista de las reales condiciones de vida de un minero asturiano, es un fracaso («Se presenta un obrero socialista -escribe Clarín-, demagogo, terrible... y empieza a expresar su pensar y su sentir como es natural que lo exprese... ¡Fuera, fuera! ¡Pero este autor predica la anarquía! Qué ideas disolventes las tuyas» - *Las Novedades*, 25-IV-1895-) (Sobre Teresa, véase Romero, 1976). Para Clarín, la «gentecilla» nueva (Maeztu, Delorme, Ysares, Bark, Martínez Ruiz, ... y otros no tan

«nuevos» como Dicenta o Salmerón) son en realidad unos oportunistas que adoptan una falsa postura con fines más o menos conscientemente interesados. Ellos también son tráfugas de la pequeña burguesía que se las dan de avanzados. Esos «socialistas de levita» se burlan de los principios ético-liberales y aun religiosos que, para Clarín, son fundamentales como la justicia, la libertad, la caridad.

Sin renunciar nunca a los valores ético-religiosos, para él sagrados, ni siquiera a los elementos fundamentales de la ideología liberal, Alas tiene conciencia de servir mejor la causa de los obreros que «esos pescadores... de río revuelto». Además «el otro socialismo, el de tierra firme» le parece más seguro, por lo menos más auténtico. En el artículo que manda a *El Socialista* con motivo del Primero de Mayo de 1899, escribe: «Opino que los socialistas deben tener mayor confianza en esta clase de aliados [los que como él no reniegan de su clase] que en los adeptos poco sinceros que de la burguesía quieren pasarse a su campo porque acaso empiezan a sospechar que anuncian sus verdores opimas cosechas» (*El Socialista*, 16-XI-1897).

Y efectivamente, los socialistas opinan lo mismo. Cuando en la última década del siglo, los dirigentes del partido se preocupan por la educación y la instrucción de las masas obreras acogen agradecidos la ayuda de los hombres de cultura; saludan la apertura en 1898, en Oviedo, de los primeros cursos de la Extensión Universitaria promovida por Clarín. Éste y sus eminentes colegas de la Universidad, sin abandonar nunca sus posiciones de clase, quieren ayudar al pueblo en el único terreno en que pueden hacerlo, el de la cultura. Es cierto que el contacto directo con los obreros socialistas despertó en Leopoldo Alas un movimiento de honda simpatía por esos hombres serios y «corteses» que «han comprendido que la instrucción y la educación moral e intelectual son indispensables para el progreso de su clase y para reivindicar con eficacia los derechos que se les niega en el orden económico y en el orden político» (*La Publicidad*, 25-XI-1900). Y en este mismo artículo de 1900, escribe (con cierto sentimiento de amargura ante la impotencia o el fracaso histórico de su propia clase) que «si el socialismo lleva a ella [a la República] ese espíritu de organización, de *iglesia* [...] la República vencerá de seguro».

Las divergencias doctrinales, insuperables, no impiden las simpatías mutuas.

Hay divergencia sobre la concepción de la historia. El concepto de materialismo histórico es inconcebible para Clarín. El progreso, para él, es el resultado de una lucha voluntaria por la justicia y por el derecho; el espíritu lo domina todo y si hay en la historia errores, horrores e injusticias es por culpa de la debilidad de los valores morales. Clarín no se aparta nunca de esta concepción idealista y ética de la historia y de la vida pública que constituye el fondo de su filosofía humana y social (Véase *Prólogo a La lucha por el derecho*).

No puede aceptar la tendencia colectivista del socialismo. El colectivismo tiende a la anulación de la individualidad, y luchar hoy por el colectivismo es querer que la humanidad retroceda al primitivismo antecristiano: «El cristianismo, bien entendido, fue el que arrancó la sustantividad individual de las garras del colectivismo» (*La Publicidad*, 16-X-1899).

Por fin, en la jerarquía de los valores humanos, lo espiritual es lo más importante y el modo marxista de entender la cuestión social le parece equivocada inversión de

valores ya que «si la sociedad es eterna, el hombre es mortal». Por lo demás, es necesario un sentido religioso de la existencia para que los valores sociales esenciales, que son la justicia, la fraternidad, la caridad, la tolerancia, puedan vivirse en su dimensión trascendente.

Esta concepción idealista del hombre y de la historia, este espiritualismo cristiano hacen imposible la adhesión de Clarín al socialismo. Pero si el socialismo fuera todo lo que es menos la filosofía materialista, «si fuera luchar en todos los órdenes de la vida por el progreso de los trabajadores y de los desheredados yo sería sin reservas socialista» (*La Publicidad*, 28-X-1900). Y puede decirse que efectivamente empleó sus últimas fuerzas en luchar por el progreso intelectual de los trabajadores. Seis meses antes de morir, y ya agotado por la enfermedad, pronunciaba su última conferencia ante los obreros socialistas del Centro Obrero de Oviedo.

En este apartado, tal vez demasiado largo, dedicado al análisis de la posición de Clarín ante el movimiento obrero resumimos o glosamos algunos estudios nuestros publicados de 1980 a 1984. Remitimos a Lissorgues, 1989: I, págs. 85-107, 303-404; a Lissorgues, 1987: págs. 55-69.

## **Después de Cuba, las Indias en casa**

Frente al conflicto cubano, la posición de Clarín no se aparta de la tendencia general de la burguesía liberal que quiere conceder la autonomía pero considera que «Cuba es España» y que la guerra es necesaria para oponerse al separatismo. Sin embargo, además del problema moral que la guerra le plantea, agravado por la injusticia de las quintas que hace que «sólo el pueblo da su sangre» (véase el cuento *La contribución*), la idea de la unidad entre España y Cuba viene en él matizada y enriquecida por la supremacía concedida a los lazos culturales y morales sobre los imperativos coloniales de tipo económico. Es decir, que la originalidad de Clarín, y de otros intelectuales «desinteresados» reside en ese idealismo que ve ante todo las relaciones entre la Isla y la Metrópoli como una fraternidad de raza, de lengua, de cultura, de ideal común. Es de observar que algunos políticos liberales, representantes de la burguesía moderna, como, por ejemplo Castelar (y no es ejemplo fortuito), emplean el mismo lenguaje, pero en su caso es el disfraz, más o menos consciente, de una voluntad de sustituir el colonialismo oligárquico por una forma de colonialismo más adaptado a los imperativos del capitalismo moderno. Verdad es que hay discontinuidad entre el idealismo altamente proclamado de Clarín y la realidad de los intereses materiales, que, por lo demás, nuestro autor denuncia por egoístas, apelando como siempre a la ética. Pero también es verdad que frente al pragmatismo descarado o disfrazado, el idealismo siempre parece algo ingenuo.

Después del «desastre», Clarín se siente hondamente herido y, en un primer momento participa de la reacción nacionalista que entonces domina. Por ejemplo, ante las palabras del primer ministro inglés, Salisbury, para quien «ciertas naciones cristianas están moribundas» y tienen que «entregar su territorio a otras naciones fuertes, vivas, nuevas», reacciona con violencia: «Una nación no muere, ni agoniza porque le queman un poco de madera podrida. Una nación es ante todo un alma, y el alma de España no

agoniza» (*La Publicidad*, 11-V-1898; Lissorgues, 1989: I, págs. 439-441) (Volveremos sobre esta concepción de la nación).

Es interesante notar que ya en 1898, Clarín se da cuenta de que el conflicto con EE. UU. es la primera manifestación violenta del expansionismo americano. Apoyándose en declaraciones de periodistas y políticos norteamericanos, subraya la aparición de tendencias hegemónicas *-imperialistas*, es la palabra que emplea de los angloamericanos (*Ibid.*); con suma lucidez percibe toda una red de intereses internacionales y una lucha por la hegemonía entre los sajones, americanos e ingleses, y las naciones europeas, Francia, Alemania (*Madrid Cómico*, 7-V-1898).

A pesar de todo, Clarín mira al porvenir, considerando que la unión de España con la América Hispánica no ha terminado y que es un deber procurar que «las Antillas sigan siendo lo más españolas que se pueda» (*La Publicidad*, 15-IX-1898; Lissorgues, 1989: I, págs. 454-456). Es de notar que no se trata de una idea compensatoria ante la independencia de Cuba, sino que es una preocupación permanente de Clarín que, ya en 1890, abogaba por «esta bendita fraternidad literaria de América y España». Es este tipo de lazo que él mismo está tejiendo al estudiar y al dar a conocer la producción literaria de los autores americanos (aplicándoles la misma ley fraternal de justicia que aplica a los autores españoles y censurándoles por sus extravíos «*azuks* o ultra-violetas») o al establecer comunicaciones de honda comprensión y simpatía, como con José Enrique Rodó (Lissorgues, 1983: págs. 160-161; sobre todo, Sotelo, 1988: págs. 71-90).

Después de la pérdida de los dominios de Ultramar, y pasado el momento de reacción apasionada, Clarín reflexiona sobre la situación de España.

A pesar de la honda tristeza que experimenta, no quiere dejarse arrastrar por el pesimismo de los que piensan que «España lleva el mal en la sangre». No descartando responsabilidades efectivas, como la política reaccionaria de los conservadores, que denunció siempre y sigue denunciando, intenta situarse en una perspectiva histórica más amplia. Entonces le aparecen causas más hondas y más graves: la pérdida de las colonias es «un efecto natural de la historia». «Un dominio colonial como el nuestro, tal lejano, tan codiciado y tan difícil de guardar es un lujo propio de una nación próspera, fuerte» (*La Publicidad*, 20-VI-1898; Lissorgues, 1989:1, págs. 442-447).

La consecuencia lógica, es que hay que emprender cuanto antes las reformas que España necesita y proceder a la *reconquista* de la península para «producir las *Indicas en casa*, porque lo esencial de su vida España lo tiene en casa y lo de casa también se pierde, no porque nos lo roben los extraños, sino por los excesos de los propios» (*La Publicidad*, 20-6-1898; Lissorgues, 1989:1, págs. 442-447).

## **España debe regenerarse**

Es preciso otra vez salir por un momento de la lógica clariniana para interrogarnos sobre las consecuencias (y los inconvenientes) del empleo del término *regeneracionismo* para designar la toma de conciencia (el exacerbado complejo de frustraciones, resentimientos y aspiraciones) y la efímera salida a la palestra (Unión

Nacional) de la clase media de productores y comerciantes (las llamadas clases *neutras*). Es obvio que lo que se llama *regeneracionismo* es sólo un aspecto del movimiento de regeneración y la denominada *literatura regeneracionista* una manifestación particular de dicho movimiento. En primer lugar, no debe olvidarse que los escritores de la Restauración se plantean siempre el problema de España, que no es para ellos un descubrimiento de fin de siglo; por la regeneración de España obra activamente, como hemos dicho, la corriente liberal-progresista y la acción cultural de Clarín es un buen ejemplo de voluntad de regeneración. Por otra parte, la cristalización de la etiqueta sobre la protesta de las clases *neutras* y sobre la literatura regeneracionista, oculta la participación (no del todo clara, es verdad) en la protesta de la gente nueva (Maeztu, Martínez Ruiz, etc. -Maeztu, 1977: págs. 255-25-) y sobre todo deja de lado la actuación seria y responsable de quienes (como Giner, Posada, Altamira, Clarín...) «sostienen -repetimos la frase de J. M. Jover Zamora- la tesis del Estado democrático, liberal y de derecho», un Estado en el que impere una ética.

En cuanto a las obras de la *literatura regeneracionista*, sólo tienen en común el superficial aspecto homogeneizador que les confiere la forma del ensayo y el complejo núcleo de frustraciones que las informa. Pero cada autor analiza la situación y propone soluciones en función de las propias orientaciones ideológicas. En lugar de considerar esta literatura como un conjunto particular ¿no sería más exacto y más aclarador enfocar el estudio según las orientaciones ideológicas de cada uno? Así podría ensancharse el campo e integrar en la corriente regeneracionista a las otras personalidades representantes de otras orientaciones que, a consecuencia de las cristalizaciones clasificadoras, quedan excluidas. No hay nada común, en efecto, entre *La moral de la derrota* (1900) del republicano Luis Morote, para quien no hay solución fuera del parlamentarismo y *Del desastre nacional y sus causas* (1900) del tradicionalista Damián Isern. ¿Por qué serían más regeneracionistas las estridencias y vituperaciones de Macías Picavea que las respuestas reflexivas de Clarín, Altamira...? El debate queda abierto.

Clarín no ha publicado ningún tratado *regeneracionista*, pero sí muchos artículos que podrían reunirse bajo el epígrafe: «La regeneración de España, según Clarín: regeneracionismo cultural contra regeneracionismo hidráulico» (título que hemos elegido para encabezar un capítulo de *Clarín político*-Véase: **Texto II**).

Él también hace un balance de la situación, en el que pone de relieve los vicios de una sociedad corrompida por el sistema político y social de la oligarquía que ha institucionalizado la inmoralidad (el caciquismo) para usurpar la soberanía popular. Denuncia incansablemente (como siempre) el falseamiento de la vida de la nación, gangrenada por una administración corrompida y un espíritu de cuerpo que perjudica gravemente el funcionamiento de las instituciones. Hasta tal punto que frente a la crisis se manifiestan en el ejército asomos peligrosos de *cesarismo* o de *boulangismo* en las personas de Polavieja o de Weyler, «militarotes» aplaudidos -escribe Clarín- por unos irresponsables que ven en ellos los posibles salvadores de España. Hasta la Iglesia católica demostró durante la guerra que daba la espalda a lo que había de ser su misión, olvidándose del Evangelio, desconociendo la tolerancia y la caridad. Todo ello, le hace concluir, en 1897: «Nuestra decadencia moral es evidente» (*La Publicidad*, 9-II-1897; Lissorgues, 1989:1, págs. 418-421).

Pero debajo de esa costra de inmoralidad, debe de vivir ahogada y olvidada, una España auténtica, la España liberal y progresista que no se debe confundir con la de

«nuestros miserables reaccionarios, feroces, injustos, necios, ignorantes, ni con nuestros lamentables gobiernos». Esa España, es la que anda buscando Joaquín Costa estudiando afanosamente la vida del pueblo, el del campo principalmente, y la que intuye Unamuno en la intrahistoria. Pero Costa pasa a la política activa, a la «praxis regeneracionista» sin plantearse claramente el problema del poder, el problema del gobierno, tal vez porque desconfía de la posibilidad de enmendar el Estado... Para Clarín, al contrario, lo primero es procurar un saneamiento de la política que permita una moralización de toda la vida española. A sus ojos, la cuestión política es primordial. España debe darse cuanto antes un gobierno sano, una república moralizada, porque es inútil obrar por la regeneración de España si primero no se purifica a la nación. Por supuesto, esa república, a la que Clarín da una forma coherente (Véase: Lissorgues, I, 1989: págs. 80-81) y que es el tipo de gobierno por el que abogó siempre (sin Castelar en los años juveniles y, después, con Castelar y el *posibilismo*), es un sueño (que, sin embargo, será realidad unos treinta años después...). De momento, hay que luchar en el campo mismo de la soñada república, contra los egoísmos compartimentados y antagónicos: el de las clases «neutras» y el de la clase obrera. En todas encuentra Clarín una misma mentalidad regida no por principios superiores, sino por las tendencias primarias de un utilitarismo y de un materialismo de corto alcance. Ya sabemos que si se opone al materialismo socialista, hace un sincero esfuerzo para comprender una ideología que va en contra de su ideal liberal, pero cuyo carácter ético le sorprende y le fascina.

De 1898 a 1901 Clarín lucha con vehemencia contra el utilitarismo burgués que le da asco, contra la agitación de las impropriadamente llamadas clases «neutras» o «productoras». Lo peor es que esta «clase» pretende regenerar a España, es decir, quiere que la regeneración se haga en provecho suyo: «una clase que no oculta que va ante todo a defender sus propios intereses y no lo oculta porque cree ingenuamente que sus intereses son los mismos de la nación» (*La Publicidad*, 15-1-1899; Lissorgues, 1989: I, págs. 478-483). Una clase que «toma el país por un almacén» (Véase el «cuento» *El regenerador*, en *Vida Nueva*, Almanaque de 1899; Lissorgues, 1989: 1, págs. 478-483).

Clarín denuncia con fuerza a esos regeneradores utilitarios, «hidráulicos», que reniegan de idealismos y espiritualismos. «Hay que cerrar con doble llave el sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar», dice J. Costa y Clarín (que no entiende bien el sentido que Costa da al lema) contesta que ni el Romancero del Cid o de Bernardo del Carpió ni «el idealismo de la raza» tienen la culpa de la decadencia actual de España. Tampoco puede aceptar el *slogan* «menos doctores y más industriales». El mal de que padece España es que «faltan industriales y doctores» (Lissorgues, I, 1989: págs. 483-491). La verdadera regeneración, para él, debe atender primero a los valores culturales. Las actividades fabriles y los estudios de carácter práctico son necesarios pero «no a costa de los estudios desinteresados y liberales que son la base de los primeros». «Si queremos una Beocia bien constituida... encarguemos las Doce Tablas de nuestra regeneración... a un tenedor de libros» (*La Publicidad*, 15-1-1899; Lissorgues, I, 1989: págs. 473-478).

Cuando, a principios de 1900, las Cámaras de Comercio y la Liga de Productores se juntan para formar la Unión Nacional, Clarín combate de frente ese conglomerado de ambiciones varias y de intereses encontrados, en el cual germinan ideas que luego se aplauden como *slogans*: «revolución desde arriba», «cirujano de hierro», antiparlamentarismo, desprecio por lo intelectual y por lo cultural. Clarín intuye el peligro que está en germen en ese primer balbuceo de una ideología caracterizada por



sus elementos de negación. En un artículo de 1899, titulado «Pedantería» (*El Español*, 17-VIII-1 899), subraya primero el peligro que representa la poderosa corriente que en el extranjero «maldice de la pura intelectualidad, del espíritu conecedor y busca *la acción por la acción, la acción que es la vida*» (la cursiva es nuestra). Luego, tras hacer la crítica del capítulo «Del pedantismo» de *Los Ensayos* de Montaigne porque el autor para probar la inutilidad del saber pedantesco, llega a hacer «la apoteosis de la fuerza a costa del entendimiento cultivado», termina diciendo que esta confusión en que cae Montaigne «es hoy cosa corriente entre nosotros y favorece no poco la audacia y las irreverentes y desfachatadas *demasías de muchos técnicos de la práctica, que ofrecen como título, casi, casi para la dictadura su propia ignorancia*» (también es nuestra la cursiva).

Para resumir: la regeneración exige primero y a corto plazo el saneamiento de la vida política, un gobierno realmente democrático, luego, la regeneración profunda sólo puede conseguirse por la propagación de la instrucción y de la educación. De todas formas, el regeneracionismo «hidráulico», absolutamente necesario, debe estar siempre supeditado al regeneracionismo cultural y moral.

## **Regionalismo y «europeísmo». La nación**

Como hemos dicho, en la última década del siglo, se agudiza el problema del regionalismo, sobre todo por la fuerza que toman las reivindicaciones catalanas que, según pasan los años, aparecen a algunos liberales como pretensiones poco conformes con el interés nacional, más aún cuando asoman ciertas tendencias separatistas. Clarín denuncia en la prensa lo que juzga «fanatismo de campanario», «espíritu de clan, de tribu». El problema es grave porque lo que está en juego es el equilibrio mismo de la nación que, para nuestro autor es sagrado patrimonio moral y espiritual. La cita siguiente, elegida entre muchas de igual sentido, que Clarín dirige como advertencia a los que pierden la conciencia de las responsabilidades, resume bien su posición: «¡Ojo, y ojo, y ojo! El espíritu de reivindicación política, intelectual, literaria, etc. de la región, de la provincia, es justo y provechoso cuando se encierra en los límites que no dañan a otros intereses superiores. Pero tiene grandes peligros entregado al egoísmo de los señores del *quiero y no puedo*, de los *ratés* de pueblo, de los fanáticos y exclusivistas. Y lo peor que tiene la tendencia de reacción contra los organismos superiores es que, mal entendida, es la forma más funesta de retroceso, porque, por lo menos, aunque de lejos, camina en dirección de la vida troglodítica» (*La Publicidad*, 3-II-1896; Lissorgues, 1989: I, n.º 2, pág. 282). Los «intereses superiores» son una conquista de la historia y cualquier intento, cualquier teoría, que lo ponga en tela de juicio, es un retroceso, un atentado a la modernidad. Por ejemplo, en 1893, a pesar del gran respeto que le merece la personalidad de Pi y Margall, «persona dignísima, verdadero hombre de talento», hace chacota de su ideal federalista: «El Sr. Pi y Margall quería hace treinta años [...] que España se descuartizara para que cada miembro pensara después si le convenía o no volver a juntarse con los compañeros o entregarse a la vida del protozoario. Pues bien, el Sr. Pi, en 1892, sigue pensando lo mismo de la necesidad de hacernos añicos» (*Las Novedades*, 10-III-1893). Y sin embargo, si Clarín rechaza, como rechazó siempre el federalismo, comparte, y compartió siempre, con Pi el principio de la autonomía regional que es -escribía en 1876- «la única solución posible de ciertas cuestiones

concernientes a las personalidades jurídicas y sus relaciones de coordinación y subordinación» (*El Solfeo*, 29-V-1876). La cita es de 1876, y en 1896, declara: «nunca he dicho nada contra el regionalismo... armónico, contra el que no niega los *círculos mayores* que le corresponden» (*La Publicidad*, 7-III-1896; Lissorgues, 1989: I, págs. 275-281). Clarín defiende (y bien podemos emplear el presente) el principio, para él, intangible de la unidad nacional; pero no se trata de un jacobinismo cerrado. Al contrario, pues «la centralización absorbente que han inventado el cesarismo, el despotismo y la reacción» es causa de los graves males de la patria: el caciquismo y todos esos tentáculos del poder central que hacen que «las provincias se encuentren en situación de territorios colonizados» (Alas, 1881: pág. XLX). Y todavía en 1900, piensa que «el marasmo» y la *platitudo* de la vida «que se observa en muchas regiones se debe a la acción deletérea de la centralización» (*La Publicidad*, 25-II-1900; Lissorgues, 1989:1, pág. 293).

En 1880, en el *Prólogo* a *La lucha por el derecho* formulaba lo que iba a ser su doctrina intangible, a saber la necesidad de encontrar un equilibrio entre las varias autonomías y el poder central, pues «si predomina la autonomía regional o municipal, la nación se disuelve» y «si la autonomía nacional es la que ante todo se procura hay absorción, hay centralismo» (Alas, 1881: pág. LVII). Por eso, después de 1890, le parecen exageradas las pretensiones de ciertos regionalismos y lo dice, y a veces con el tono despreciativo que suele emplear para censurar a las medianías presumidas: «No hay razón para que, por amor a Galicia, a Cataluña, a Valencia, a Asturias, etc., pasen por cuartos los que, en la cotización de las letras nacionales (no madrileñas) no pueden ser más que ochavos» (*Las Novedades*, 22-X-1896). Pues, dice en otro artículo, hay que tener mucho cuidado con «cierta clase de regionalistas que en Cataluña, como en Galicia, como en Asturias trabajan *pro domo sua*» (*La Publicidad*, 3-II-1896; Lissorgues, 1989:1, n.º 2, pág. 282).

La polémica abierta (con notabilidades catalanas, como Prat de la Riba en 1896 y ulteriormente con la juventud literaria de Barcelona) esencialmente sobre la importantísima y peliaguda cuestión de la lengua catalana es otra cuestión palpitante y una polémica... que no cesa. Nos limitaremos a señalar los dos polos opuestos de la polémica:

1. Dicen las *Bases de Manresa*, 1892, base 3: «La lengua catalana será la única que con carácter oficial podrá usarse en Cataluña y en las relaciones de esta región con el poder central».
2. Contesta Clarín a Prat de la Riba: «[...] el francés (el que salió del dialecto de la Isla de Francia) y el italiano-toscano y el español-castellano son lenguas que han empezado como dialectos provinciales, pero han prevalecido por causas políticas sobre los demás dialectos provinciales. El catalán está entre los dialectos que no han prevalecido. ¿Podrá negar esto el Sr. Prat? En ese sentido, es dialecto el catalán. Pero ¿se le puede confundir con los dialectos no literarios que mueren por falta de cultivo, como *v. gr.* va muriendo nuestro bable? No [...]; en este sentido el catalán es lengua, porque se cultiva con esmero y amor y eficacia... pero las leyes de la *realidad política* conspiran contra su longevidad, contra su extensión geográfica... y contra su *morfología, relativamente original* (¡Si se fueran a ver los *castellanismos* de los modernos *catalanistas!*...)».

A «la porción de cosas feas» que le dirige un periódico de Reus, el *Somaten*, Clarín, dirigiéndose a esos «separatistas de campanario», contesta: «Yo confieso que por culpa de mi *ignorancia* el catalán me suena (a mí ¿están Udes.?) a un francés demasiado español o a un español demasiado... francés» (*La Publicidad*, 3-II-1896; Lissorgues, 1989: I, n.º 3, pág. 283).

A pesar de todo, a pesar de la lengua que sigue siendo un obstáculo insalvable a la difusión «natural» de las obras en catalán, Clarín, que reconoce que debe a los catalanes más de lo que les podrá dar en su vida, confiesa varias veces su admiración por la literatura catalana abierta a las grandes corrientes europeas y «saludablemente influenciada por las modernas humanidades francesas» (Sotelo, 1988: págs. 47-70)- (Véase: **Texto III**).

Cuando se manifiestan asomos de separatismo, el tono es el de la condena sin apelación pues «no hay vilipendio bastante para el separatismo» (*Heraldo*, 11-VIII-1899; Lissorgues, 1989: I, págs. 284-289). El separatismo, tanto el catalán como el cubano, «es un crimen de lesa patriotismo» que, en el caso de Cuba, justifica la guerra. Clarín no enfoca nunca el problema -éste como los demás- según la perspectiva de los intereses económicos, porque tiene una concepción de la nación, de la sociedad y del Estado principalmente «esencialista», principalmente idealista. El error de ciertos regionalistas, el crimen de los separatistas, que se portan como ruines «tenderos de ultramarinos», es que no ven que «el Estado nacional no tiene más contenido que la esencia de sus componentes, y que por esto es interés del Estado general lo mismo que el regionalismo inorgánico suele creer privativo de su región». «La verdadera autarquía de la Nación exige que el Estado nacional penetre en esa misma esfera provincial o municipal, no para usurpar atributos del órgano particular, sino para desempeñar allí, como en todas partes, funciones de la general, para llevar a cada órgano lo que por sí no tiene y es función del todo el organismo de cada parte» (*La Publicidad*, 4-XII-1899; Lissorgues, 1989: I, págs. 291-292). Para nuestro autor, el Estado y la sociedad son un conjunto orgánico en el que las partes están jerárquica y solidariamente vinculadas al todo, pero no según un puro sistema mecánico, como afirman ciertos positivistas; lo que da vida al conjunto es un principio espiritual, «esencial de la vida política», que une la esencia de las partes con el todo y la esencia del todo con las partes. La Nación es esta misma esencia, o sea, según la concepción de Renan, la Nación «es una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer» (*Qu'est-ce qu'une Nation?*, 1882). La Nación es un alma.

Encontramos de nuevo ese organicismo armónico, idealista, de origen krausista, que es el fondo del ideal social de Leopoldo Alas, el que encontramos cualquiera sea el problema particular que se considere. A partir de él, se enjuician los problemas sociales, es decir, que a partir de ese ideal se mide la distancia entre lo que es (captación y eventualmente representación de la realidad) y lo que debería (o debe) ser. La conciencia de esa distancia puede llevar al desaliento, pero nunca al desengaño y a la abulia. Clarín no renuncia nunca; siempre opone a las adversidades colectivas la fuerza de convicciones que dimanan de las grandes «ideas-madres» (hoy decimos «ideas legitimadoras»): cristianismo, Nación, «hombre».

Estas ideas son también sentimientos y el conjunto suscita una adhesión total. Por ejemplo, la lectura del libro de Víctor Ordóñez sobre la *Unidad católica*, le hace ver como una evidencia (lo que sabía ya) que el cristianismo es una de las raíces

ontológicas de la Nación española, y le hace sentir, por poética intuición, como todo su ser de hombre del siglo XIX está en relación ontológica con «el catolicismo... como obra humana y como obra española» (Alas, 1991: pág. 188). La «idea madre» de Nación entra en el campo de la poesía, es decir, de las percepciones intuitivas...

Lo que está claro es que, cuando a consecuencia de la crisis cubana se exacerbaban las reacciones, Clarín combate en dos frentes, contra, primero, lo que podemos denominar nacional-catolicismo y, por otra parte, contra lo que él llama el *supernacionalismo*. A partir de 1895, denuncia, a veces con suma violencia, el «nacionalismo estrecho que cree que la patria es primero que todo; primero que la caridad, que la humanidad, que la verdad, que la justicia, que la religión, que el ideal, que el progreso» (*La Publicidad*, 25-II-1900; Lissorgues, 1989: I, pág. 296). Para él, es una resurrección pagana a la que contribuye buena parte de la jerarquía católica. En cuanto al *supernacionalismo* que es cosa de unos pocos intelectuales, catalanes los más, es, según Clarín, «un pretexto para querer abandonar a España en los días de sus tribulaciones» y una manifestación de «egoísmo soberbio y de formas sexquipedales». En realidad, puede suceder que «la decantada superioridad de ese *supernacionalismo* sea un sueño de la vanidad, una copia de lecturas indigestas, un espejismo más, de los que el pobre *snob* padece» (*Ibid.*).

Parecida condena -y será aquí digresión- le merecen los que por afán de superficial y falso cosmopolitismo, imitan las modas de París y producen «poesía de sinsonte disfrazado de gorrión parisiense». «Son lo menos digno de imitación las locuras de algunos decadentes franceses, que quieren suplir el ingenio que Dios les ha negado con ridículas contorsiones». Durante los últimos años de su vida, Clarín la emprende siempre y cuando se presenta la ocasión, es decir, cuando algún poeta (americano, las más veces) revela su afición a las modas de París, contra «la plaga decadentista, esa perversión del gusto y de la moral» (*Las Novedades*, 20-IX-1894). La digresión vale para mostrar que, para nuestro autor, no todo lo que viene de fuera es bueno y provechoso.

En cambio, afirma que es un deber contribuir a aumentar el caudal nacional de conocimientos, adaptando con discernimiento las nuevas ideas serias que nacen en las naciones más adelantadas. La adaptación y la asimilación de lo nuevo provechoso depende también del medio receptor, demasiado débil a veces para aguantar el injerto. ¿Qué sucedió con la importación del naturalismo? «Con excepción de muy pocas personas, el tal naturalismo ha servido a los escritores españoles para demostrar ignorancia, pasión ciega, imprudencia temeraria, pedantería y orgullo» (Alas, 1987: pág. 49). En lugar de arredrarse, el crítico y el intelectual deben trabajar incansablemente para difundir ideas y abrir conciencias. A eso tiende toda la labor periodística de Clarín. En *La Ilustración Ibérica*, pone en práctica el «Proyecto» de un ensayo de crítica popular (cuyos capítulos se publican por entregas del 19 de abril a 24 de noviembre de 1886), pues cree que, de la misma manera que algunos escritores consagran su trabajo en popularizar el tecnicismo de las artes y los resultados de las ciencias principales, «se puede y yo creo que se debe popularizar la literatura». Quiere dar a conocer a autores poco conocidos del pueblo español, autores griegos y latinos pero sobre todo «franceses, ingleses, italianos, rusos, alemanes, americanos, etc.», para permitirle al pueblo «depurar los propios sentimientos, ejercitar sus potencias anímicas todas, y aumentar el caudal de ideas nobles y desinteresadas» (*Ibid.*). En un arranque casi lírico, exclama: «Venga el aire de todas partes, abramos las ventanas a los cuatro *vientos* del *espíritu*». Pero no es sin previa reflexión de lo que es realmente España y sobre cómo

deben entrar y adaptarse las nuevas ideas. La cita siguiente es cifra y compendio de la posición de Clarín acerca del problema que unos años después Costa y Unamuno llamarán «europeización»; con motivo de justificar el estudio de las literaturas extranjeras, escribe: «considerando, ante todo, que el pensamiento vive fuera de España hoy una vida mucho más fuerte y original que dentro de casa; viendo imparcialmente, aunque sea con tristeza, que lo más actual, lo más necesario para las presentes aspiraciones del espíritu, viene de otras tierras, y que lo urgente no es quejarnos en vano, sino procurar que esas influencias, que de todos modos han de entrar y conquistarnos, penetren mediante nuestra voluntad, con reflexión propia, pasando por el tamiz de la crítica nacional que puede distinguirlos, ordenarlos y aplicarlos como se debe a los pocos elementos que quedan del antiguo vigor espiritual completamente nuestro» (*Ibid.*, pág. 18). ¿Se adelanta Clarín a Unamuno y a Costa? La pregunta no tiene gran sentido, ya que siempre tuvo el autor de *La Regenta* la misma posición frente a las ideas nuevas. Buen ejemplo es la defensa y la adaptación española del naturalismo...

En 1894, Clarín es quien propone la creación en el extranjero de colonias de investigación científicas para estudiantes y profesiones españoles para facilitar la necesaria asimilación de los adelantos científicos extranjeros, anticipando (y desde luego preparando) lo que será en 1907 la *Junta para Ampliación de Estudios* (*El Globo*, 31-III y 23-IV de 1894; Lissorgues, 1989: II, pág. 97 y 108-116).

Pero, durante la última década y cada vez más, conforme pasan los años, lo que Clarín busca fuera de España es ante todo autores, textos, ideas, que conforten su aspiración metafísica, religiosa, ideal...

## **Espiritualizar el naturalismo español**

Esa implicación en todos los aspectos de la vida española en crisis del fin de siglo explica (si no justifica) la posición siempre negativa de Clarín frente a los movimientos de renovación poética, que, a sus ojos, no encuentran salvación. Son, para él, flores artificiales importadas desde París en los países Hispano-Americanos primero y luego a España. No insistiremos porque la posición de nuestro autor es bien conocida y sobre todo porque hay poco que decir ya que el crítico Clarín no entra en esa poesía y se limita a hacer irrisión de algún giro atrevido o de algunas de las extrañas voces que esmaltan esos «pórticos» o esas «guirnaldas». Sólo se salva algún tanto Rubén Darío, pero ya muy tarde, es decir, después de recibir su buena tanda de calificativos poco amables («sinsonte», «gorrión parisiense»...), y tal vez por haber alabado a Castelar. El sentido ético de Alas (como el de Unamuno) no puede aceptar ese arte frívolo y desconectado de la vida, producto, según él, de una voluntad de escapar de las tristes realidades del mundo. Es literatura que sólo quiere expresar emociones, sensaciones y de ningún modo ideas (de «poesía gaseosa», la califica Unamuno), una literatura vuelta hacia dentro. En Clarín, el *yo altruista*, siempre abierto a lo de fuera para comunicar y dialogar con los demás espíritus, para entrar en simpatía honda, espiritual con sus personajes creados, con Baudelaire, con el ateo Leopardi, con San Francisco de Asís, con Zola, poeta de *La Terre*, etc., no puede aceptar que el escritor se aparte para el goce egoísta del arte; menos aún en los «momentos solemnes» de la historia, pues entonces,

la poesía del *bel canto* «puede convertirse hasta en un crimen» (*La Publicidad*, 14-V-1890).

Quiere, como siempre, un arte «inmerso en las mismas aguas de la vida» que dijo Santa Teresa y dirá Antonio Machado al apartarse de la seducción modernista. El arte de la representación de la realidad humana y social, el arte de la novela que ha contribuido a plasmar con los otros escritores de la Restauración y del que ha sabido sacar y expresar, él más que nadie, una verdadera estética, firme y abierta, no sólo le parece siempre adecuado, sino la única respuesta artística a la situación histórica del fin de siglo. No puede sorprender que siga defendiendo el naturalismo, su concepción no exclusiva, abierta, del naturalismo, pues piensa que esa orientación que ha traído al arte literario muchas verdades y legítimos procedimientos no ha dado todavía todos sus frutos. «Lejos de estar *hartos* de exactitud científica -escribe en 1890-, de novela sabia, estamos muy necesitados de todo lo que sea reflejo literario de la cultura general» (*La España Moderna*, XV-XVI, marzo-abril, 1890; Alas, 1991: pág. 162). El naturalismo español, el de Clarín, no fue nunca una doctrina exclusiva, por eso sin abandonar ninguno de los adelantos temáticos y «técnicos» que representó en su tiempo de auge, cuando se escribían *La Regenta*, *Fortunata y Jacinta*, *Los pazos de Ulloa*, puede dejar que «otras pretensiones, nacidas de otras necesidades del espíritu libre tomen posesión de la parte que les pertenece en la vida del arte» (*Ibid.*). Es indudable, sin embargo, que los escritos de Clarín correspondientes a la última década, traducen cierta desorientación que contrasta con la firmeza y el dinamismo (conquistador) de las concepciones anteriores. Igual sentimiento expresa Pérez Galdós en algunos textos, sobre todo en su discurso de recepción en la Real Academia (1897). «La sociedad presente» no es exactamente lo que, en 1870 deseaba que fuera; la hegemonía de la clase media fue un mito, y ahora «la volubilidad» de las cosas sociales dificulta la observación y el verdadero trabajo del novelista realista, a no ser que éste se fije más en lo que cambia menos, en el hombre, en el hombre esencial. Tal parece ser, efectivamente, el giro que Galdós da a su arte a partir de *Realidad*. Es la primera manera en el Galdós realista de adaptarse a los tiempos y lo patentiza Clarín escribiendo que *Realidad* es novela principalmente psicológica, que va «de espíritu a espíritu». La primera manera, pues, *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma...* representarán la segunda, menos realista. Y *su único hijo*, por encima de sus complejidades y ambigüedades, a pesar de su forma insólita (alguien dice moderna) ¿no es expresión ya de otro realismo, el que supedita la realidad a una idea superior capaz de redimir al hombre en su esencialidad? (La paternidad, como idea, como idea divina, redime la vida de Bonifacio).

Es decir, que ante los trastornos o la «volubilidad» del entorno, vacilan las certidumbres en la inmanente evolución hacia la mítica y deseada armonía, y se impone la necesidad de una *idea madre* (otra *idea-madre*, menos inmanente, más espiritual), es decir, que se impone *con más fuerza que nunca* la necesidad de una trascendencia que dé un sentido a la existencia (*Con más fuerza que nunca*, pues para Clarín la existencia tuvo siempre su núcleo de esencia... divina-Lissorgues, 1983).

Además, la última década del siglo es, para nuestro autor, una década más de vida o, más bien, son diez años menos. Efectivamente, la idea de la muerte, de la vejez, cada vez más presente en sus escritos, orienta su reflexión hacia la metafísica y explica que las preocupaciones espirituales vayan cobrando cada día más importancia. La nota elegiaca va impregnando sus escritos; cuando se da cuenta del envejecimiento de hombres de tan robusto talento como Valera, Pereda, etc.: «Cuando falten Valera,

Campoamor, Balart, Castelar, ya viejos del todo, y Núñez de Arce, Galdós, Pereda, que no andan lejos de la vejez ¿qué será de nosotros?» (*Las Novedades*, 19-III-1896); cuando, ve que en Madrid las figuras conocidas o amigas han desaparecido de los espacios indiferentes e iguales, y ve en el rostro del viejo profesor un *reflejo* suyo, anticipado (véase el cuento *Reflejos*). Su sensibilidad se hace más aguda, más atenta al sentimiento, al sentir, a las vibraciones del alma, a la música, a la poesía de Balart, a la poética tristeza tan entristecedora de la novela *La Terre* de Zola.

Pero de este buceo en el fondo del alma y en el fondo de las almas, que hace tan conmovedores algunos de los artículos de la serie *Lecturas* y los de *Siglo pasado*, tan conmovedores los cuentos de *El Señor...* y de *Cuentos morales*, sale el pensamiento no sólo enriquecido sino vigorizado. Con pleno conocimiento de causa, Clarín sigue avanzando por los caminos de la existencia: en 1895 confiesa que «sigue naturales impulsos que la edad imprime en quien llega a la mía» y sabe, y afirma, que esos impulsos le orientan hacia «la idea del Bien, unida a la palabra que le da vida: Dios» (Alas, 1972: pág. 8).

Firmeza de pensamiento es, como hemos visto, encararse con todos los problemas sociales y lo es también seguir defendiendo las bases fundamentales de la estética naturalista: la observación, la experimentación (la composición) y sobre todo esa «*biología artística* que es la principal ley del naturalismo en la composición» (véase: Sobejano 1988, págs. 597-605). Ahora bien, Clarín observa y lamenta que esa imitación en la novela «de las formas probables de la vida» se respete menos en las obras de Zola posteriores a *Pot-Bouille*, donde se manifiesta una tendencia a la abstracción, al simbolismo, hasta llegar con *L'Argent*, *Lourdes...*, *Travail* a lo que llama novelas de *conceptos* o a obras «que si no son de *tesis*, tienen algunos inconvenientes que a las de *tesis* perjudican» (Alas, 1991: pág. 108). Clarín analiza esas novelas de Zola de modo pertinente (según su punto de vista) y explica la heterodoxia naturalista de la novela de *conceptos*, pero no se plantea verdaderamente el problema de la inflexión de la obra de Galdós, después de *Realidad*, tampoco se interroga sobre esta idea fuerte, legitimadora, que germina, de golpe, en el débil espíritu de Bonifacio. La irrupción de la imagen de Cristo en *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma*, su presencia latente en *Misericordia* no puede ser fortuita. La realidad observable, ya no se basta a sí misma, necesita un «suplemento de alma», un alma... añadida. Y ese suplemento de alma es la respuesta del novelista a esa realidad del mundo que en cierto modo se ha vuelto hostil ya que se resiste a la dominación del narrador. El hombre interior, con sus «universales del sentimiento», con sus dudas íntimas y sus íntimas creencias, es menos deleznable que el positivo mundo exterior, siempre presente, es decir, nunca olvidado. En 1900, en el *Prólogo* a *Resurrección* de Tolstoi (Véase: **Texto IV**), Clarín con extraordinaria lucidez capta el fenómeno: «Fenómeno bastante general en nuestros días, y acaso signo de los tiempos, es el de aficionarse notables artistas de la pluma a la parte útil, noblemente interesada de los asuntos que tratan, y convertirse en sociólogos, en moralistas, etc., directamente, escribiendo, sin el auxilio de una fábula, de aquellas materias que en la vida o en la idea les interesan, o haciendo que en sus ficciones artísticas predominen la tendencia, la tesis, la doctrina, el *apostolado*» (En Lissorgues, 1989: II, pág. 216).

Sólo Tolstoi, según Clarín, consigue escribir la novela «realista» a la altura de los tiempos, porque en él «hay algo muy superior al sociólogo y que está al *nivel* del artista: el apóstol, el hombre religioso lleno de unción» (*Ibid.*). Así es más poeta, más artista que nunca, sin querer «porque la gracia que Dios ha querido llevar a su corazón,

también la derrama sobre su arte». Tolstoi, como Clarín, «no niega el mundo natural», pero «sostiene que lo sustancial en nuestra vida, lo que no es engaño, apariencia, y en definitiva dolor, es el olvido del yo para dedicarnos al bien de los demás» (*Ibid.*, pág. 219).

Es lo que llamábamos atrás *yo altruista*. *Yo altruista* que a la *gente nueva* debía de parecerles una antigüalla, una ingenuidad, cuando la nueva epifanía fue «no hay más realidad que la imagen, ni más vida que la conciencia» (Martínez Ruiz [1902], 1968: pág. 74).

## Referencias bibliográficas

- ABELLÁN, José Luis (1989). *Historia crítica del pensamiento español*. V. 5 (I). Madrid: Espasa-Calpe.
- ALAS, Leopoldo (1881). *Prólogo a La lucha por el derecho*, de Ihering (versión española por Adolfo Posada y Biesca. Madrid: Victoriano Suárez).
  - -(1889). *Mezclilla*. Madrid: Enrique Rubiños; edición de Antonio Vilanova. Barcelona: Lumen, 1987.
  - -(1892). *Ensayos y revistas (1888-1892)*. Madrid: Manuel Fernández y Lasanta; edición de Antonio Vilanova. Barcelona: Lumen, 1991.
- ALONSO, Cecilio (1994). «La evolución del Naturalismo en la novela y el teatro», en *Historia y crítica de la Literatura Española*. T. 6, Suplemento I. Barcelona: Editorial Crítica.
- BESER, Sergio (1968). *Leopoldo Alas, Crítico literario*. Madrid: Gredos.
- CABEZAS, Juan Antonio (1936). «Clarín», *el provinciano universal*. Madrid: Espasa-Calpe.
- CACHO VIU, Vicente (1962). *La Institución Libre de Enseñanza*. Madrid: Rialp.
- DÍAZ, Elías (1973). *La filosofía social del krausismo español*. Madrid: Cuadernos para el dialogo.
- FOX, Inman (1976). *La crisis intelectual del 98*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1969). *Ensayos*. Selección, edición y prólogo de Juan López-Morillas. Madrid: Alianza.
- GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (1966). *Los reformadores en la España contemporánea*. Madrid: CSIC.
- HABERMAS, Jürgen (1988). *Le discours philosophique de la modernité*. Paris: Gallimard.
- JÉREZ MIR, Rafael (1980). *La introducción de la sociología en España: Manuel Sales y Ferré, una experiencia truncada*. Madrid: Ayuso.
- JIMÉNEZ LANDÍ, Antonio (1973). *La Institución Libre de Enseñanza, su ambiente, I: Los orígenes*. Madrid: Taurus.
- JOBIT, Abbé Pierre (1936). *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine; I, Les Krausistes; II, Lettres inédites de Don Julián Sanz de Río, publiées par Manuel de la Revilla*. Paris: École des Hautes Études Hispaniques.
- JOVER ZAMORA, José María (1981). «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902», en *Historia de España* (Dirigida por Manuel Tuñón de Lara), V. 8: *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*. Barcelona: Labor, págs. 271-406.



- LAPORTA, Francisco (1977). *Antología pedagógica de Francisco Giner de los Ríos*. Santillana: Aula Abierta.
- LISSORGUES, Yvan (1983). *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas, Clarín (1875-1901)*. Paris: CNRS; versión española: Colección GEA, director José Manuel Gómez Tabanera, Oviedo: abril de 1996.
  - -(1989). *Clarín político I y II*. Barcelona: Lumen.
  - -(1987). «El intelectual "Clarín" frente al movimiento obrero (1890-1901)», «Clarín» y «La Regenta» en su tiempo. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- MAEZTU, Ramiro de (1977). *Artículos desconocidos, 1897-1904*. Edición de Inman Fox. Madrid: Castalia.
- MAINER, José Carlos (1975). *La edad de plata (1902-1931). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Barcelona: Los libros de la Frontera.
  - -(1994). *Modernismo y 98, Primer suplemento 6/1 de Historia y crítica de la literatura Española*. Barcelona: Editorial Crítica.
- MARTÍNEZ CUADRADO, Miguel (1991). *Restauración y crisis de la monarquía (1874-1931)*. Madrid: Alianza.
- MARTÍNEZ RUIZ, José (1967). *La voluntad [1902]*. Edición de Inman Fox. Madrid: Castalia.
- NÚÑEZ ENCABO, Manuel (1976). *Manuel Sales y Ferré: los orígenes de la sociología en España*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael (1970). *El grupo «Germinal»: una clave del 98*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1976). *Teresa, Avecilla, El hombre de los estrenos*. Madrid: Castalia.
- SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge (1991). *1900 en España*. Madrid: Espasa-Calpe. SOBEJANO, Gonzalo (1967). «Clarín y la crisis de la crítica satírica», en *Forma literaria y sensibilidad social*. Madrid: Gredos, págs. 139-177.
  - -(1985). *Clarín en su obra ejemplar*. Madrid: Castalia.
  - -(1988). «El lenguaje de la novela naturalista», en *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX* (Edit. Y. Lissorgues). Barcelona: Anthropos, págs. 583-615.
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (1988). *Leopoldo Alas y el fin de siglo*. Barcelona: Promoción y Publicaciones Universitarias.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1970). *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid: Técno.
  - -(1974). *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- UNAMUNO, Miguel de (1921). *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Madrid: Espasa-Calpe.

## Apéndice

### La cuestión social en 1890

## REVISTA MÍNIMA

En los complicadísimos fenómenos de la vida social, la observación debe desconfiar de las abstracciones y de las generalizaciones, porque fácilmente el predominio pasajero de tal o cual orden de actividad, al impresionarnos por tiempo determinado, nos hace tomar por fuerza única, avasalladora, que todo lo vence, lo que no es más que deleznable preponderancia.

El período anterior, del cual me avergonzaría si no lo hubiera escrito así en broma, y por vía de ensayo, para cuando me crean digno de codearme con Jove y Hevia y con Bosch, y me elijan académico de las Morales y Políticas, ese período, repito, aunque muy cursi, quiere decir algo o poco menos. Quiere decir, viniendo a lo concreto, como diría el mismísimo Cánovas contestando a Cos Gayón de la Academia de Bellos Conservadores, que si fuéramos a juzgar de ligero, y con pocos datos y por impresiones, se podría creer que la literatura actual atravesaba una época de marasmo y vulgaridad que no respondía a las grandes preocupaciones que inquietan hoy a los pueblos, sometidos a no saben qué prueba en la llamada cuestión social; se podría creer que este contraste entre la liviandad de las letras y lo solemne de los momentos respondía a causas iguales o análogas a las que produjeron parecido resultado en la literatura francesa de los días de la gran Revolución. En efecto, entonces, como ahora en algunos países, mientras el arte literario era reflejo pálido, repetición cansada y monótona, la vida de la calle era un drama continuo; en los teatros se recitaban vulgaridades pseudo clásicas y en la tribuna y en la plaza pública se representaban tragedias originales, de un patético nuevo y poderoso.

El movimiento actual socialista, a pesar de sus apariencias generalmente pacíficas, encierra acaso más amenazas que ciertas convulsiones de otros tiempos; no sería difícil que el final del siglo en vez de ser una *revista de París* se convirtiese en una catástrofe, como si la civilización moderna consistiera en *ritornellos* trágicos al acabar esas estrofas o sean [*sic*] sus siglos. Mientras eso sucede, mientras el menos amigo de meditar puede comprender que vivimos en días que pueden hacerse críticos, solemnes, memorables de la noche a la mañana, el arte en muchas partes se amana, y lo que es peor pierde fuerza y así, el teatro, por ejemplo, casi en toda Europa declina. No cabe duda que cuando la historia se convierte en drama el teatro y otras artes *objetivas* pierden interés, palidecen, como sucedería con las luces de gas que alumbran esos mismos teatros si se dejara al sol del

medio día entrar a raudales por el techo.

En España, aunque no es de los países en que los graves problemas contemporáneos parecen llamados a plantearse inmediatamente, la preocupación, el desasosiego cunden, y no les queda a los ánimos serenidad bastante para volver con gran interés y verdadera afición los ojos del espíritu a esa poesía eterna que nunca tendrá por misión conflictos de la historia *pragmática*, ni influir directamente en las desdichas y dichas del mundo. Notadlo: apenas se va al teatro, apenas se habla de los libros que van saliendo. La realidad está acaso ofreciéndonos las jornadas de exposición de un drama muy complicado y cuyo desenlace no hay quien puede pronosticar; y este drama interesa al público exclusivamente.

Pero hay otra región de la poesía en que no influyen, o influyen poco, los vaivenes del azar, los rudos golpes de la experiencia; región siempre serena, en que nada se espera ni nada se teme de las batallas de los intereses, de las pasiones vulgares y sus vicisitudes. Es la región del sueño, de la ilusión perpetua, consciente, provocada, la que algunos escritores de la nueva generación quieren proclamar, con exclusivismo censurable, la única literatura propia de este tiempo. No es la única, ni la que hace más ruido, pero su importancia es mucha. Su porvenir acaso encierra la solución de muchas inquietudes o incertidumbres del presente.

Ante todo, no hay que confundir esta clase de poesía con la formal y bien pudiera decirse superficial por la plástica, que inspiró a varias escuelas, principalmente a la llamada del *Parnaso* en Francia; no es que se diga que la forma es todo y que el fondo se deja para los burgueses, según la conocida frase de Flaubert; tampoco hay que confundir esta nueva tendencia, nueva como impulso generalizado, no sin antecedentes, con el diletantismo entendido como el vulgo de sus censores lo entienda; ni hay que pensar que se trata de una secta aristocrática y displicente, una de ésas que, llevadas del *odi profanum vulgum*, al odiar al vulgo olvidan que debajo del ser vulgar está el hombre, y que la caridad nos prohíbe suponer que hay almas que no son más que miserable prosa; no se trata de abandonar el mundo a sus tristezas ni de juzgar a los que toman la realidad en serio, como bien o mal positivo, dignos de los infalibles desengaños que aguardan a los que no han sabido elevarse al precepto austero del *nolite vivere*. La poesía a que yo aludo no es excéptica [*sic*], ni egoísta, ni siquiera pesimista en el sentido corriente de la palabra; no reniega de la realidad trascendental, ni la desprecia... Pero se abstiene, se abstiene por ahora. Figuraos un ave sedienta que atraviesa con vuelo anhelante las llanuras abrasadas de un desierto, y por fin

vislumbra sobre la tierra seca una cinta movable, una líquida corriente en que apagar la sed; pero cuando se arroja a beber ciega de deseo, siente que lo que traga es sangre... ¿El ave bebe la sangre, insiste? Es el hombre vulgar el que no escarmienta con los sinsabores del mundo. ¿El ave desesperada tiende el vuelo otra vez, huyendo del engaño del arroyo, decidida a morir de sed pero volando? Es el poeta que reniega del mundo, que huye de la realidad y va a estallar de dolor pero contento. ¿El ave, a la orilla del sangriento raudal, alza los ojos al cielo, distrae las ansias de la sed, imaginando fuentes cristalinas... y en tanto, con esperanzas, escucha el murmullo de la corriente que acaso más atrás arrastre, en vez de sangre, claras ondas de plata?... Pues el ave que sueña y espera y ama la esperanza por ella misma, es la poesía que se abstiene del mundo, pero que no lo desprecia ni lo abandona. Es la poesía que, si Dios quiere, será un aprendizaje.

Cuando Tolstoi, al famoso príncipe Pedro de su *Guerra y paz* le hace renegar de las vanidades del mundo y del egoísmo y le obliga a buscar el buen camino, no le deja largo tiempo en el engaño de querer salvar a los demás antes de salvarse a sí mismo; y el príncipe noble y caritativo, reflexionando, advierte que para servir a sus semejantes y trabajar en la reforma de la sociedad, lo mejor que puede hacer es comenzar por reformarse y mejorarse a sí propio. Tal vez por seguir este camino fueron más eficaces y edificantes en general los apostolados de otros tiempos; los reformadores modernos suelen ser hombres de acción, que viven sobre todo fuera de sí, que ven los defectos del mundo y no los propios, y tienen acaso todo un plano de disciplina social, y ni siquiera examinan su conciencia tres veces antes de dormirse cada noche, como aconsejan *los versos de oro* atribuidos a Pitágoras.

Más que esa manera de ser altruista, hombre de Estado, en la acepción más pura de la palabra, hombre político -en un sentido tan puro, tan puro, que hoy no se le da siquiera a tales vocablos- más que eso vale ser egoísta, como lo era el príncipe Pedro, cuando dejaba sus masonismos y demás empresas humanitarias para dedicarse a una austera reforma de sí mismo, a una educación interior que le hiciera digno de consagrarse más adelante al sacerdocio de servir eficazmente a sus semejantes.

Algo así viene a ser a su modo esa poesía, que huye del roce de la realidad; pero no definitivamente, sino para reconcentrarse, para adquirir caudales de ideal, para presentarse tal vez mañana como una regeneración, o si no,

como un consuelo ante las tristezas del mundo.

La literatura corriente, la de actualidad, la que vive de los hechos del día, la que se inspira en las pasiones ordinarias, la que reniega del ensueño, la que invoca el auxilio de lo que ella se atreve a llamar la ciencia moderna, y habla de positivismo y de haber matado el ideal; esa literatura, valga lo que valga intrínsecamente, no puede quejarse si la atención pública la abandona en los momentos críticos en que la vida real tanto se parece a los dramas y a las novelas de esa misma literatura. Tal vez la historia próxima va a ser un plagio de *Germinal*, pero de esos plagios que matan; tal vez va a ser el *socialismo* a Zola lo que Shakespeare a las leyendas y crónicas de que sacó sus *Macbeth* y *Romeo*; y el insigne naturalista no tendrá derecho a quejarse. Esta gran literatura, llamada *épica objetiva*, que es para todos, que han de entender todos, es la que decae y se olvida y palidece en los días fuertes, en los días de prueba para los pueblos.

En cuanto a la poesía del *bel canto*, la de *Informa* por la *forma*, en tales momentos solemnes puede convertirse hasta en un crimen.

Pero esa es otra poesía que parece indiferente y no lo es, que medita, siente y sueña, que se prepara, que no es *para* todos pero que es *por* todos; no comete ningún pecado aunque siga soñando y ensayando entre sueños sus cantos de la aurora, mientras en la noche oscura silban los huracanes, y todos los signos de la antigua preocupación poética y supersticiosa hablan de horrores próximos. Esa poesía sabe, como el príncipe de Bismarck, aunque para muy diferentes efectos, que el mundo no se acaba en una jornada, y que no hay que sacrificar toda la vida para evitar el conflicto del momento.

Dejad a los poetas de esta clase preparar el pisto espiritual del porvenir, la fe o la que sea, de mañana. Con lo pasado no se salva la sociedad. Cuando esos millones de obreros consigan su propósito de *descansar* algunas horas al día, y lleguen a leer, a estudiar y a meditar ¡qué *descanso* les aguarda, si la ciencia y la poesía no han descubierto algún consuelo, alguna esperanza!

Imaginemos al *jornalero posible* de un provenir lejano, que después de verter el sudor de su fatiga corporal, llega por vía de recreo, esparcimiento y descanso, a leer las enseñanzas de nuestra filosofía, las imágenes y quejas de nuestra poesía ¿dónde habrá dolor como el suyo? Sabrá que los dioses se burlan, que la razón miente, que la dicha es ilusión, que el deber es una petición de principio. ¡Buen ajenjo para abrir las

ganas del trabajo corporal al día siguiente!...

¡Ay!, ese *jornalero posible* de mañana... existe ya hoy, es el pobre jornalero de las letras, que tiene que escribir por máquina artículos como el presente, lejos de los propios ensueños, a lo mecánico... y que por consuelo oscuro de esta tarea artificiosa, casi exclusivamente material, sabe que le aguarda a la hora de *velar* la vigilia terrible de la angustia metafísica, sembrada, infiltrada como un veneno en las más bellas páginas de la filosofía y de la poesía moderna. ¡Buen reposo para el jornalero de la pluma! -Y sin embargo, esa es la primera materia en que trabajamos; somos vulgarizadores, traficantes de ese brillante ácido prúsico que sacamos de las grandes minas de los maestros. Y como los mineros de Almadén, llevamos en el temblor de nuestros *nervios literarios* el sello de nuestra industria-. ¡Que no [*sic*: ¿nos?]  
depare la suerte destino semejante a esos otros *obreros* que quieren horas de descanso para *instruirse*.

O que a ellos y a nosotros nos prepare la poesía que amanece, la recatada, no indiferente, un porvenir espiritual en que las esperanzas del ensueño empiecen a cuajarse en *probabilidades* metafísicas; para que al llamarnos entonces *todos hermanos* podamos hacerlo racionalmente, es decir, sabiendo que existe un padre, un *Dios*, o una madre, una *Idea*. Así sea.

CLARÍN.

*La Publicidad*, 4436, 14-V-1890  
(Lissongues, 1989, II, págs. 204-208)

## II. Regeneración

LOS FUTUROS

Don Leopoldo Alas

Señor director de *El Globo*.

Mi querido amigo y compañero: Bien se ve que es usted literato, además de político, pues se le ha ocurrido la peregrina idea de consultar también con el pobre Clarín las

enfermedades de la Patria achacosa. Si usted no fuera más que político, desdeñaría mi opinión aún más de lo que ella merece. Sí, señor; los meros políticos desprecian a los que no son más que literatos, o son además gente de cátedra, que es otro modo de no ser nada para ellos. Verdad es que nosotros les pagamos en la misma moneda. Pocas cosas me han causado en este mundo tanta repugnancia como el salón de conferencias, lleno de políticos meros. Creo que hace usted mal en consultar conmigo; pero, en fin, a lo hecho, pecho. Le contesto por lo que debo a la amistad, pero, sin esperanza de que me lean los políticos, ni gana.

Lo primero que le diré, es que si yo creyera que mi contestación podía tener alguna influencia, efecto positivo, me la callaría, porque no me creo preparado para dar semejante clase de consultas. Creo que en el mismo caso que yo están la mayor parte de los que ofrecen específicos patrióticos, con el mayor desparpajo. Como no pienso ser Poder, ni siquiera que me dejen votar, no he estudiado a fondo las mil complejas cuestiones que hay que conocer para decir algo de provecho respecto del porvenir de España. Improviso, pues, como tantos otros, porque sé que, a fuerza de insignificante, mi informe es inofensivo.

Usted, señor Francos, me pide franqueza. Allá va.

Entre todos los españoles juntos, no sabemos bastante sociología aplicada para poder precisar la gravedad del mal que padece España. Según el humor que tiene uno, le parece unas veces que esto no tiene cura, y otras que sí. Téngala o no, hay que obrar como si la tuviera.

Se impone el empirismo, porque ciencia cierta no la hay. ¿Por qué hemos venido tan a menos? ¿Por parecemos a las naciones modernas, o por insistir en ser españoles a la antigua? Por eso. España se pierde por reaccionaria. Causa ocasional, no del daño en su fondo, sino de su aparición actual concreta: la política colonial reaccionaria.

Hemos perdido a Puerto Rico. Probablemente la pérdida será real, positiva y definitiva. Cuba se ha perdido para los idealistas reaccionarios y por los explotadores realistas. Si Cuba se hace yanqui de cuerpo y alma, se habrá perdido para todos. Si Cuba llega a ser independiente de veras, Cuba no se ha perdido del todo para España. Ahora más que nunca hace falta procurar una Cuba española.

Nuestros políticos reaccionarios, monárquicos y materialistas, están ciegos respecto al porvenir de las relaciones de España con la América española. Lo más

instruido de la juventud ilustrada que habla español en América, anhela unirse con esa España liberal, moderna, democrática. La juventud española debe salir al encuentro de esa noble tendencia. Dentro de pocos años, Cuba, si no se la asimilan los anglosajones, puede entrar, como las demás Repúblicas hispano-americanas, en una estrecha alianza con la madre común, con esta pobre España que los americanos no confunden con nuestros miserables reaccionarios, feroces, necios, ignorantes, ni con nuestros lamentables Gobiernos.

En el trabajo de la guerra lo nuevo hoy no es el obrero, es la máquina. No nos venció el obrero yanqui, nos venció la máquina. No hay mejor sangre que la nuestra. Para el soldado, basta la herencia. Para el arma hace falta la adaptación, el medio. El medio es la guerra industrial. La máquina guerrera hoy nace de la riqueza y de la ciencia. La riqueza misma nace de la ciencia, fecundada por el trabajo. No somos trabajadores, no somos científicos, no somos ricos. Hay que serlo. Todo eso es moderno. España necesita ser moderna.

No sería un dictador; sería un hombre de fe. De fe en el progreso, en la vida moderna... en el ministerio de Fomento.

Jugaría a una carta el orden, el porvenir de España, seguro de que vendría aquella carta. Cogería el presupuesto y lo adjudicaría casi entero a lo que hoy llamamos Fomento.

Agricultura... un dineral. Obras públicas... un dineral. Industria... un dineral. Instrucción pública, dos dinales.

¿Que se levantarían las piedras? No; los adoquines se estarían quietos. La nación, al ver de repente, de verdad, empleada su fuerza económica en lo reproductivo, haría callar a todos los parásitos que quisieran sublevarse. Los que no saben lo que es derecho, gritarían ¡injusticia! Pero los que saben que no hay derecho contra el derecho, y saben que España tiene derecho a salvarse, responderían ¡justicia!

Se le diría al Papa: Señor, no somos enemigos de la Iglesia; no venimos con el programa de *El Motín*; no debe el hombre de Estado hacer propaganda religiosa o antirreligiosa desde el Gobierno; España, en su mayoría, se llama católica. Se tendrá esto en cuenta. Con la más absoluta buena fe queremos entendernos con la Iglesia. No se hará nada que perjudique a su poder espiritual; ni se tolerará nada que facilite el reaccionario esfuerzo del clero *prodominatione*.

Queremos que siempre sea posible otra Santa Teresa e imposible otro Torquemada. Sobran obispos, sobran



canónigos, sobran capellanes sueltos. España es pobre, España necesita cultivar su tierra, aplicarse a la industria, tenemos que reducir los gastos de lo superfluo, para aumentar los gastos reproductivos. Se seguirá pagando al clero; pero habrá poco dinero, y se reducirá la paga de los que cobran demasiado. Además, vamos a matar toda influencia eclesiástica en lo oficial, en la acción del Estado; las confusiones de la Iglesia y del Imperio son el sueño de la Edad Media; hoy, un anacronismo.

No se abrirían las Cortes hasta que fuera un hecho de conciencia pública que habían sido elegidas con la seriedad que reclama el derecho del sufragio. Se perseguiría, como a los anarquistas criminales y como a los generales que aspiran a ser Césares, a los ministros, caciques, magistrados, gobernadores, alcaldes y demás gente ordinaria que quisieran seguir burlando la ley electoral. Se tomaría con tanto calor esto del sufragio verdadero, porque se vería que la vida política es imposible con la eterna falsedad electoral. Las inútiles declaraciones contra el Parlamento, indispensable, cesarían para dejar el puesto a la acción popular contra los ladrones de votos y de actas.

En materia de magistrados y jueces, habría que mostrar mayor rigor todavía. Primero, se emularía el más higiénico de los trabajos de Hércules, limpiando la toga. Y después que sólo la vistieran los dignos de ella, se le daría a la carrera garantías de independencia y de decorosa remuneración.

Otra toga habría que limpiar: la del catedrático. La reacción y la hipocresía, escondida bajo el birrete y la muceta, son los ratones que se nos han metido en el cerebro.

En la Universidad restaurada, extendida, está en gran parte el porvenir de España. De un modo o de otro, hay que hacer que deje de ser sitio de vejez medioevales y de hipocresías asquerosas. Hace falta gastar mucho dinero en colonias científicas al extranjero, de profesores y estudiantes. De esto ya hablé yo mucho en *El Globo* cuando no habíamos perdido las otras colonias.

Resumen: Lo principal es tener energía y arte para conseguir que las fuerzas vivas del país se entreguen pronto a trabajos productivos, para que sean inútiles las quejas de los parásitos perjudicados.

Hasta las deudas deben supeditarse a esta necesidad de gastar mucho en Fomento. Nada de bancarrota, si se puede evitar, ni de negar lo que se debe; pero sí se puede demorar y escalonar los pagos con la operación de verdadero crédito,

que consiste en el compromiso de pagar deudas no con nuevas deudas, sino con el producto del trabajo nacional procurado de esta suerte, empleando en él los primeros recursos, casi todos los recursos, hasta que con los suyos, con los reproducidos, se pueda satisfacer a todo acreedor legítimo.

El hombre de Estado debe tener siempre presente que una nación tiene vida cuasi perenne, indefinida; hay que contar con el derecho y con el deber de las generaciones futuras. Se les puede hacer contribuir desde ahora a las necesidades esenciales de la Patria; pero también hay que prepararles las condiciones necesarias para que ellos puedan lograr la prosperidad que les exigimos para esta ayuda futura que nos es indispensable.

Por eso, el problema americano no se puede mirar sólo con el criterio que puede dictar el interés del momento. Lo mismo digo del problema filipino. Si es posible, sin sacrificar lo esencial, debe conservarse de Filipinas todo lo que se pueda. El provecho que de aquel territorio no hemos sacado hasta ahora, podrán sacarlo generaciones más activas, virtuosas y prudentes.

La mayor parte de nuestros políticos viven al día, piensan que España se va a morir cuando ellos.

Y, basta. Me ha pedido usted mi parecer; ahí tiene usted algo de lo que pienso.

Suyo afectísimo,

CLARÍN.

*El Globo*, 12-X-1898, *La Publicidad*, 7191, 14-X, *El Pueblo*, 1420, 15-X (Valencia):  
«La regeneración en España. Opinión de Don Leopoldo Alas Clarín»  
(Lissorgues, 1989, I, págs. 467-473)

## **Regionalismo catalán**

PALIQUE

Silvela es un político con vistas a muchas cosas, aunque

no a tantas como su jefe y natural enemigo Cánovas. Silvela es algo historiador; es sociólogo, de la escuela de Roberty, que cree que la moral es una cosa interina, y, por último, Silvela es literato.

Cuanto tuvo que aludir a las tendencias separatistas de unos pocos catalanes, dijo, y nadie se fijó en ello, que ese movimiento era cosa de unos cuantos literatos despechados, que veían fallidas sus ilusiones.

Con menos palabras y un solo galicismo pudo haber dicho que era cosa de *ratés*.

¿Tendrá algún fundamento la afirmación de Silvela?

Por lo menos, él oyó campanas...

Hay que distinguir para ser justos.

Nadie más que yo -de todo corazón lo digo- se indigna ante esas manifestaciones, pocas o muchas, de los que quieren abandonar la patria, pero sin los remordimientos de Radamés, y precisamente cuando la patria más amada debe ser: cuando es más desgraciada. No hay vilipendio bastante para el separatismo. En eso estamos.

Pero, ¿es lícito decir de los separatistas cualquier cosa, por mala que sea, y aunque no sea verdad?

No; de ningún modo. El hombre, ni en el mayor crimen, pierde jamás su derecho a que se le haga justicia.

Es cierto que en ciertos jóvenes, ilustrados de veras muchos de ellos, la manía separatista tiene cierto carácter *literario*. Lo que no es verdad es que todos ellos sean *ratés* despechados, que se han llegado a agriar porque no consiguen la fama a que aspiran. Yo he leído muchos escritos de esos jóvenes, exagerados en su catalanismo, y aunque su doctrina me ha parecido loca, y muy vituperable su propósito, jamás se me ha ocurrido negarles a muchos de ellos talento y no vulgar cultura.

El afán de lo original, extremoso, *no ordinario*, es muy frecuente en la juventud intelectual, sobre todo en los que no llegan a un alto grado de mérito, y aun en no pocos de los que lo tienen sobresaliente. Así como por acá tenemos *ácratas* y comeclérigos, y hasta quien dice que «el Cristianismo es una tontería», en Cataluña una de las rarezas, de las originalidades que tenían que aparecer, era esa de negar la patria común. La exageración *literaria* natural del

regionalismo receloso de Cataluña, era el separatismo.

Los literatos, en provincias, suelen quejarse del centralismo, como se quejan los que tienen pleitos, industria, intereses, en fin, que en última instancia en Madrid se resuelven. El afán de los literatos de provincia es que, no viviendo en Madrid, nadie llega a ser célebre.

Los escritores catalanes, que escriben en catalán, son los que más se quejan. Dicen, y el hecho es cierto, que fuera de Cataluña, en el resto de España, los poetas, novelistas, eruditos, etc., que escriben en catalán apenas son conocidos; que la prensa madrileña rara vez habla de ellos; y la injusticia es notoria, porque en catalán escriben hombres de grandísimo mérito, y la literatura catalana moderna es todo un brillante renacimiento. Yo mismo, que debo a los catalanes más de lo que les podré pagar en mi vida; que en Barcelona tengo lazos literarios fraternales, he sido severamente reprendido por muy queridos amigos, a causa del olvido en que suelo dejar a los escritores en catalán. Repito que el hecho, triste, lamentable, no se puede negar.

Y es que hay en esto una... fatalidad, o por lo menos un grave mal, hasta ahora sin remedio, que no es una culpa y lo parece.

El catalán, la lengua, sobre todo empleada literariamente, tiene la culpa; quiero decir, es la causa de esta separación intelectual, que sin duda existe.

Pero ¿cómo negarles a los catalanes su derecho a escribir en catalán y a sus literatos a producir en catalán?

Con el ilustre, modesto y muy simpático novelista Narciso Oller he departido yo, amigablemente, acerca de esto.

-A mí no me conocen en Castilla -decía él.

-Es verdad; no saben todo lo que usted vale. Pero es que el *gran público* no entiende el catalán, y las traducciones... no son ya *usted mismo*. ¿Qué hacer? ¿Por qué no escribe usted en español?

-Porque no quiero ni puedo. ¿Escribiría usted en lengua que no fuese la de su cuna?

-¡Jamás! Eso no es escribir... literariamente.

-Pues aplíqueme usted el cuento.

-Sin embargo, el español para usted no puede ser cosa extraña. Pruebe usted. Envíeme *algo* en español.

-Por complacerle, allá va. Pero una y no más...

Y Oller me envió *La novena de ánimas*, cuento escrito por él, a petición mía, en castellano. Y estaba muy bien. Lo publicó *La España Moderna*.

Pero estaba mucho mejor un cuento escrito por Oller en catalán y traducido al español... ¡por Pereda! Era una maravilla.

Y no insistí. No hay derecho. Verdaguer, Oller, Maragall y veinte más, todos insignes, más o menos, ¿cómo han de renunciar al *verbo natural*?

En arte no se puede exigir eso. *Fatalidad*.

Pero... ¿quién hace a un pueblo entero entender una lengua extranjera?

Si es imposible que el artista catalán renuncie al catalán, también es imposible que el público castellano aprenda una lengua extraña, y lea en esa lengua, y guste de su literatura.

Yo no veo la manera de vencer esta dificultad.

Y, sin embargo, esta diferencia de idiomas separa más que una cordillera.

Es claro que ni Verdaguer, ni Oller, ni la mayor y mejor parte de los escritores en catalán dejan de *sentirse* íntimamente españoles, aunque lamenten, como es natural, que la mayor parte de sus compatriotas no puedan saborear sus obras; pero hay otros, no muchos, que responden al desdén con el desdén. Para los seres groseros que no ven el patriotismo sino en los intereses materiales o en las obstrucciones sangrientas de la lucha por la soberanía, será inútil hacer notar que estas diferencias espirituales que va creando la diversidad de lenguas tienen grandísima importancia como elemento disolvente.

Añádase a lo dicho que esos jóvenes que sienten desvío respecto a la *patria grande* suelen ser de los que buscan con afán las nuevas ideas, la estética contemporánea; y merced a un fácil comercio con el extranjero, particularmente con Francia, se van interesando más por lo de fuera que *se parece*

más a su estado de alma que al carácter español, según es en el vulgo de la gente de mediana cultura.

Los tópicos del españolismo vulgar les saben a *cocido*; les parecen algo inferior a lo que ven y aprenden fuera de España. Francia, con la que toca su tierra, les atrae como sirena de la universal simpatía; y como ahora hay teorías para todo, con un poco de cosmopolitismo, otro poco de federalismo (porque ¡ay! Sr. Pi y Margall, también el federalismo tiene su parte de culpa), mucho del pesimismo relativo a la raza española y otras cosas más extravagantes, se resbala hasta caer en esos extremos de separatismo, verdaderamente lamentables, y hasta bochornosos si toman la forma de anhelos anexionistas.

Queda aquí algo semejante a lo que nos han hecho notar muchos jóvenes literatos de América.

El despego con que allí miran a España se debe a que la creen representada por el espíritu estadizo o reaccionario. Los americanos latinos estudian la vida espiritual en fuentes francesas, alemanas, inglesas, y la España de ayer, que se empeña en ser la España de siempre, les parece inferior, anticuada, antipática.

La gran tendencia misoneísta, tan poderosa todavía en nuestra tierra, tiene mucha parte de la culpa de esos conatos separatistas, si nos referimos a los de los jóvenes literatos y artistas liberales. Fluye de la España *nea*.

Es claro que en Cataluña hay también otro separatismo, el reaccionario, clerical, medieval, que *La Publicidad* pintaba muy bien días pasados; pero este separatismo no quiere unirse a los franceses republicanos; es el separatismo... en resumidas cuentas, carlista. Para mí, es el más antipático y el más peligroso; porque no extremará la doctrina, pidiendo unión con Francia; pero querrá independencia para hacer una Cataluña... de estilo gótico.

El separatismo literario, que existe, aunque no sea numeroso el contingente de sus afiliados, es una lamentable calamidad; pero yo no sé cómo puede remediarse. Algo contribuiría a su atenuación, por lo menos, una regeneración española en sentido liberal... casi diré *européo*; pero precisamente este progreso del espíritu nacional es lo que yo veo más difícil. No llego a opinar, como Le Bon en su reciente *Psicología del Socialismo*, que las predicaciones de los *intelectuales* influyan poco en los cambios de un pueblo, y que el espíritu general siga, en definitiva, la influencia de las creencias tradicionales; pero, sin llegar a ese extremo, sí

opino que en España la resistencia al progreso real, profundo, no al de formas y de *Gaceta*, está muy arraigada, es de lo *más nacional* que, por desgracia, tenemos.

No; no veo la manera de matar las tendencias tristísimas de cierta parte inteligente de la juventud catalana.

Lo que sí veo claro es que las medidas coercitivas serán contraproducentes.

Y el injusto desprecio y los insultos, contraproducentes... y de mal gusto.

CLARÍN.

*Heraldo*, 11-VIII-1899  
(Lissorgues, 1989, I, págs. 284-288)

## **Prólogo a *Resurrección***

### PRÓLOGO

*Resurrección* es, ante todo, un libro edificante; como *El Evangelio*, como *El libro de Job*, como el *Kempis*, como la *Vida de San Francisco*, como las *Obras* de Santa Teresa. Los misticismos literarios pasan, son una moda y pasan; el entusiasmo por una literatura exótica, *nueva*, pasa; pero la piedad sincera, real, humilde, seria, queda; y los grandes maestros piadosos del arte, quedan.

Tolstoi estuvo de moda cuando Francia, y en pos de ella, otras naciones, *descubrieron* el genio literario de Rusia; pero este prurito pasó, dejó de ser novedad. Y Tolstoi queda, con una *actualidad* constante; su genio sigue imponiéndose a la atención del mundo intelectual, y sus ideas y sentimientos piadosos triunfan con él, y permanecen, llamando con la voz del arte a los buenos corazones. En la noche serena, estrellada, las chispas de un cohete se confunden, allá en la altura, por un momento, con los astros. Pasa la hora de la fiesta, mueren los fuegos de artificio, pero las estrellas, que parecían como aquellas chispas, siguen brillando.

Tolstoi, su idea, su arte, su apostolado, nada tiene que ver

con pasajeros alardes de dudosos misticismos, que suelen tener de sinceros lo que tienen de enfermizos.

Si me preguntan por el *argumento material* de *Resurrección*, tendré que narrar, en resumen, algo que recuerda *La dama de las Camelias*, que a su vez parece, en el argumento, un plagio de un drama japonés titulado *Kami ya-Giyé*. La cantatriz O'haré es la querida de Giyé, que quiere volver a estos amores, darles dignidad; el padre de Giyé interviene y consigue el sacrificio de O'haré, que se hace despreciar de su amante para que éste la abandone. Lo mismo que en *La dama de las Camelias*.

En *Resurrección*, Neldindoff, que sedujo a la Maslova, cuando la encuentra prostituida, condenada a trabajos forzados, quiere reparar su falta, redimir a su víctima, siguiéndola a Siberia, ofreciéndole su mano; pero la Maslova se sacrifica también, oculta su regeneración interior a Neklindoff, le oculta su amor y le declara que prefiere quedarse en Siberia unida a otro hombre, a Simonson.

Pero... no es esto *Resurrección*. Es un libro de moral, como hay varios en la Biblia, escrito sin propósito principalmente artístico, por un gran artista... que, sin querer, produce, ante todo, una obra maestra de arte.

Tolstoi es, antes que nada, un gran artista, mal que le pese. No importa que él, en libros recientes, llegue casi a desdeñar el arte. Cuando, con fines que no fueron seguramente de mero amante de la belleza que quiere crearla porque puede, determinó volver a escribir una gran novela, no se propuso, de fijo, demostrar que era el mismo novelista admirable, poderoso de *La guerra y la paz* y de *Ana Karenina*. Pero lo que probó, desde luego, con *Resurrección*, fue eso: que seguía siendo el artista de la suprema habilidad.

Fenómeno bastante general en nuestros días, y acaso signo de los tiempos, es el de aficionarse notables artistas de la pluma a la parte útil, noblemente interesada de los asuntos que tratan, y convertirse en sociólogos, en moralistas, etc., directamente, escribiendo, sin el auxilio de una fábula, de aquellas materias que en la vida o en la idea les interesan, o haciendo que en sus ficciones artísticas predominen la tendencia, la tesis, la doctrina, el *apostolado*.

Escojamos, entre los muchos que se ofrecen, algunos ejemplos. Zola, además de unirse a la vida social externa de su país en célebres y nobles campañas de actividad y fuerza, escribe indirectamente en sus últimas obras (*Lourdes*, *Roma*, *París*, *Fecundidad*) con propósito docente, claro; y tal vez



perjudicando a veces al valor permanente artístico de la novela. Bourget, que siempre *pecó* por tal inclinación, produce con preferencia libros de enseñanza directa, de doctrina y de *información*. Hasta Faguet, un crítico que solía ser en su crítica más sociólogo que retórico, se entrega a la producción científica inmediata, sin pretexto artístico.

En general, todos estos literatos valen más como tales que como sabios, sociólogos o filósofos; y sus trabajos artísticos, en que predomina la tendencia, la doctrina, salen perdiendo, literariamente, con este exceso.

De Tolstoi también se ha dicho (por ejemplo, nuestra ilustre Pardo Bazán y el simpático Mr. Berenger) que valía más como poeta, como novelista que en cuanto sociólogo. También podrá ser verdad.

Pero en Tolstoi el artista no ha perdido nada, por culpa del sociólogo. Y además, en Tolstoi hay algo muy superior al sociólogo y que está al *nivel* del artista: el apóstol, el hombre religioso lleno de santa unción.

Parecía, que después de haberse entregado con tan sincero fervor a sus ideas y experiencias de propagandista *sui generis*, de pedagogo singular, de cristiano independiente; después de haber relegado, dentro de su ánimo, a secundario lugar sus facultades de novelista; Tolstoi, al volver a escribir una gran novela de *empeño*, con fines, sin duda extraños, y para él, superiores al arte, había de mostrarse en decadencia, inferior al autor, mucho más joven y menos tendencioso (aunque siempre mucho), de *La guerra y la paz* y de *Ana Karenina*. Sin embargo, no ha sido así. *Resurrección* en interés, en fuerza estética, vale tanto como aquellas obras maestras; y aun las aventaja en ciertas cualidades, que justamente son de las que suponen mayor atención al objeto artístico, a la forma, a la composición.

En efecto, en las antiguas obras maestras, Tolstoi llenaba páginas y páginas sin pensar en los inconvenientes de la prolijidad; *predicaba mucho*, sobre todo en la *Guerra y la paz*, y a veces sobre asuntos secundarios y en que sus opiniones particulares eran muy discutibles; por ejemplo, cuando se deleitaba disertando en defensa de su famoso *fatalismo militar*, como pudiéramos decir, si alguna vez la palabra *fatalismo* pudiera aplicarse a ideas de Tolstoi. Claro que al representar su opinión en este punto, en su héroe ruso, el general Koutouzow, que se dormía en los consejos de guerra; y, en ocasiones, estaba leyendo novelas, mientras le creían estudiando un plan de campaña, el artista nos embelesa con la poesía y profunda observación de su estudio

de carácter; pero otras veces la *lección* escueta, la *tesis* directa nos hace impacientarnos.

En *Resurrección* nada de esto; a pesar de que el propósito íntimo del autor es más docente, más *interesado* que nunca, las digresiones doctrinales se nos dan en dosis menores, en estilo elocuente, y casi siempre agregadas, a los pocos renglones, a la acción misma, de modo puramente artístico. Desde este punto de vista, puede decirse que *Resurrección* es la novela más *hábil*, más perfecta de Tolstoi. Además, tampoco encontramos aquí aquella selva de episodios, casi todos interesantes, pero que al fin complican y detienen la acción, que se nota en las obras antes citadas. Ahora el autor marcha ceñido al asunto, siempre interesándonos con lo principal, puro novelista de asombrosa sencillez siempre; sin que pierda por ello su trabajo la gran trascendencia moral, la enseñanza profunda y sublime de que hablaremos, aunque muy poco, más abajo.

Lo ha querido Dios; Tolstoi cada vez más olvidado de su genio, humilde de verdad, como buen cristiano, es más poeta, más artista que nunca, sin querer; porque la *gracia* que Dios ha querido llevar a su corazón, también la derrama sobre su arte, piense en ello o no el artista, pues le ha de servir de instrumento para edificar las almas con el señuelo de la hermosura.

Es claro que el ánimo actual del conde ruso respecto de sus facultades literarias es análogo al que daba a comprender Lope de Vega, cuando, si ello es verdad, al morir decía que todos sus cientos de comedias los daba por un poco de piedad verdadera, en aquel supremo trance.

Un día, San Francisco de Asís, también poeta, artista a su modo, empezó por entretenimiento, a tallar una copa de madera; y vio que hacía primores, que tenía vocación para el caso; y con inocentísima complacencia de santo poeta, se recreaba en su obra; pero después temió que tal ocupación y tal contento no fueran provechosos para el alma... y ya no talló más que corazones de santos.

Análoga disposición parece ser ahora la del espíritu de Tolstoi; y a mi ver, tal sentido tienen, en el fondo, recientes escritos suyos en que no se reconoce todo el valor real de lo estético, de la producción literaria particularmente; pero que acaso más que una doctrina científica representan el estado de ánimo del noble asceta. Sí, un poco asceta, como han solido serlo cuantos han tomado muy en serio el asunto de la perfección moral y religiosa. Tal vez el ascetismo vale más que como criterio y como doctrina rigurosos, como

expediente empírico para huir de probables tentaciones.

Y esto me trae, como por la mano, creo, al núcleo de la doctrina, del apostolado de Tolstoi, que en *Resurrección* se manifiesta acaso con más elocuencia que nunca, pero con el mismo profundísimo sentido de siempre.

Mucho quisiera explicarme con suficiente claridad, para que me entendieran ciertas gentes, acaso bien intencionadas, pero precipitadas en la acción, y al pensar, muy superficiales.

No falta quien quiere incorporar a Tolstoi al ejército de cierto radicalismo exaltado, utópico, que pretende transformar toda la sociedad por una palingenesia de carácter apocalíptico.

Tolstoi no es de éstos. Por lo tanto, es claro que hay que separarle de cuantos predicán la violencia, las reivindicaciones sangrientas. Él no admite la fuerza, el dolor ajeno causado con intención; no ya para la venganza, ni siquiera para la defensa. Esta teoría de la no resistencia al mal, podrá admitirse o no, pero no hay que creer que es un arranque de sentimentalismo sin consistencia filosófica. Extremándola mucho más, un filósofo, ruso también, aunque profesó en Alemania, Spir, nos da su fundamento metafísico; si bien Tolstoi no llega a las afirmaciones del ilustre pensador citado.

Veamos la diferencia y la semejanza. Para Spir, lo real es Dios, lo absoluto; todo lo que no es *por sí*, es una apariencia. El yo, como el individual, el yo del *egoísmo* pudiera decirse, es aprensión también; ese yo no es inmortal: lo inmoral en nosotros es lo que de nosotros se adhiere a la verdad y al bien, que son en Dios. Lo demás es sombra. En cuanto al mundo exterior, natural, Spir ni lo afirma ni lo niega; pero no se lo explica. La naturaleza, para él, es inmortal. Dios no ha hecho el mundo, que no se sabe lo que es. El hombre, sin embargo, condicionado por el cuerpo, no debe destruirlo, sino emplearlo para poder realizar la verdad y el bien, que es lo real.

Tolstoi no niega el mundo natural, ni suele ahondar en el aspecto metafísico de su doctrina; pero refiriéndolo todo a nuestro destino, a lo que debemos hacer, sostiene que lo sustancial en nuestra vida, lo que no es engaño, apariencia, y en definitiva dolor, es el olvido del yo para dedicarnos al bien de los demás. Sólo puedo ser feliz cuando no busco mi felicidad en mí, sino en la felicidad de los demás. El mal que los demás me hagan, no es mal -para mí-, en cambio, lo es el

que yo les haga a ellos.

Como se ve, en el resultado moral, la doctrina de Tolstoi coincide casi con la de su compatriota Spir. Consideradas tales doctrinas, podrá parecer cualquier cosa menos superficial e ilógica, la teoría de la no defensa.

Pero Tolstoi *agrega* con gran sentido a mi ver, su doctrina al Cristianismo. Quiere darle la pátina sagrada de la sublime tradición religiosa, remontándose, por supuesto, a la pureza primitiva. Así como sus teorías de la felicidad lograda por la muerte del egoísmo las expone principalmente en los varios libros que dedicó a la historia de sus creencias, y de modo indirecto en las principales de sus novelas, como veremos luego; la relación de tal criterio al Cristianismo, la estudia de manera especial en su libro acerca de *Los Evangelios*; y desde el punto de vista artístico, en esta nueva novela. Y este es otro aspecto interesante de *Resurrección*, el principal acaso. En *Los Evangelios* y en otras obras, como por ejemplo, en un artículo reciente titulado «Mentiras religiosas», Tolstoi parece separar la esencia del Cristianismo de lo que, según él, aunque suele unírsele, no sólo no le pertenece, sino que es antitético. El lazo del *hebraísmo* religioso con la idea cristiana es sólo exterior; lejos de ver cómo otros, radicales en sentido contrario, en el Evangelio, sólo un desenvolvimiento estético, y activo y lleno de *gracia*, de gérmenes que ya están en el *Antiguo Testamento*, Tolstoi los separa por irreconciliables. Acaso en esto se equivoca por lo extremado de su pensamiento; acaso, vio en este punto mejor Renan, entre otros, encontrando *tradición cristiana*, por decirlo así, en el espíritu de los grandes profetas; pero en otras relaciones el mismo Renan tiene que reconocer grandes variaciones. Tolstoi tampoco admite la solidaridad entre el Evangelio y el trabajo posterior dogmático de la Iglesia.

Para él, Jesús dice que lleva a Dios dentro de sí, que Dios está en nosotros; es nuestra caridad, que es el bien y la verdad que importan. En este punto, en su libro sobre el *Evangelio* se expresa en términos que hacen dudar si reconoce la trascendencia de Dios. En *Resurrección* ya es otra cosa. Es claramente cristiano, aun insistiendo en su punto de vista; pero Dios, que está en nosotros, es reconocido en su realidad trascendental, aunque no en sentido dualista. Otros libros, novelas o no, de Tolstoi son profundamente morales; éste, *Resurrección* es además, a veces, profundamente religioso; y cuando lo es, llega a la sublimidad, que le da como una santa aureola.

Al final, sobre todo, cuando el protagonista procura penetrar, y penetra, todo el sentido íntimo del *Sermón de la*

*montaña*, Tolstoi se eleva a inmensa altura, como artista y como religioso. En sus teorías sociológicas, aun las más hábiles y generosas, podemos verle en ese nivel en que le ve el crítico francés antes citado; podemos separarnos de su tesis; pero cuando la considera desde esta otra *perspectiva celeste*, pudiéramos decir, cuando se apoya, no en disquisiciones que algunos han tomado por utopías de anarquista pacífico, sino en la *música interior, íntima* del Evangelio, entonces, al que sea capaz de seguirle en tal jornada, sólo le queda reconocerle el triunfo; sí, triunfa Tolstoi apoyando su pensamiento, su cabeza, sobre el corazón de Cristo, como San Juan en la noche de la cena.

Por donde se ve, que no hay que mezclarle con los *ácratas* y *libertarios*, no ya con los violentos, pero tampoco con los pacíficos. Estos, aun los más simpáticos, pueden proceder de la teoría optimista del *estado natural*, de la artificial antítesis de la *naturaleza* y *la sociedad*; de Rousseau, en suma; Tolstoi procede de la *Cruz*.

Pero, no sólo se separa en esto de los ácratas, libertarios, etc., aun los mejores, por los cuales, él siente simpatías que bien demuestra en *Resurrección*, por cierto. Se separa en el modo, en el *método* para buscar la salvación social.

Esta cuestión es de capital importancia, y el tratarla con la detención, y profundidad convenientes nos llevaría fuera de los límites de un prólogo. Procuraré resumir la idea.

Los reformadores sociales, los de buena fe, los que por real amor a la humanidad aspiran a cambiar la vida pública, corrigiendo sus defectos, buscando en nuevos procedimientos e ideales el progreso de la sociedad, pueden seguir dos caminos. O dedicarse directa, inmediatamente a procurar en la sociedad misma que los rodea ese cambio, esa reforma, sin empezar por examinarse a sí propios y prepararse a su apostolado con la reforma, con el perfeccionamiento de sí mismos; o abstenerse de reformar a los demás, de influir en el medio social, hasta encontrarse dignos de tan magna obra, mediante *reforma interior*, austera educación del alma, para ponerla en estado de poder servir de veras a la mejora social, merced a obras y acciones que supongan equilibrio moral, lucidez y serenidad de espíritu, fundadas en la virtud sólida, en el dominio enérgico de las propias pasiones. El primer camino es el que suelen seguir la inmensa mayoría de los reformistas; se puede decir que Cristo fue quien enseñó a la humanidad a seguir el segundo, por más que hasta ahora no hayan continuado muchos por tan ardua *propedéutica*.

Si se compara, por ejemplo, la vida de los grandes santos,

que además fueron *reformistas sociales*, con la vida de los grandes revolucionarios, se verá, en general, que estos últimos atendieron mucho más a la perfección de la sociedad que a la propia; pensaron mucho más en los *vicios* sociales, que en los de su incumbencia. En los otros, en los santos, se ve el cuidado *esencial* de la propia conducta; no ya en ciertas virtudes *cívicas*, que también los reformistas de otro género suelen tener, sino en el esmero de la vida interior, de las virtudes íntimas, base de la sólida caridad. Sirva de ejemplo único, por abreviar, San Francisco de Asís. ¿Quién reformó más que él? ¿Quién influyó más en el cambio íntimo, moral de la sociedad de su tiempo? Pero antes de lanzarse a predicar, y fundar conventos y convertir infieles, empezó por asegurarse de su propia reforma, del cambio interior, de la íntima fortaleza, para poder creerse digno instrumento de la obra que quería emprender. Hasta el día de la suprema prueba, cuando venció repugnancias naturales, besando las llagas del leproso, no empezó a creerse digno de procurar la reforma social a que aspiraba.

Tolstoi es revolucionario, reformista de esta clase; la mayor parte de ácratas, anarquistas y libertarios del día suelen ser de la otra. Tolstoi es de los que empiezan por la propia reforma, por la disciplina interior, tanto en su vida real, como en su teoría, representada por la acción de sus personajes. El príncipe Pedro de *La guerra y la paz* es el más gráfico ejemplo de esta creencia y de esta *práctica* de Tolstoi; pero sigue el mismo camino el príncipe Andrés; y en *Ana Karenina* análoga tendencia se puede observar en Levine, que concluye la novela diciendo... «mi vida interior ha conquistado su libertad; ya no estará a merced de los acontecimientos, cada minuto de mi existencia tendrá un sentido evidente y profundo, en que podré inspirar mis acciones: el sentido del bien».

Sigamos con el recuerdo al célebre personaje que, disgustado de las grandezas mundanales, busca la paz del alma asociándose a grandes empresas; y en ninguna encuentra el bien que anhela; y entra en la masonería, porque se la pintan como sociedad que busca la reforma del mundo; y sale desencantado de aquella compañía, porque ve en ella... lo que antes decíamos, el prurito noble de hacer bien al prójimo con reformas exteriores, con resortes sociales; pero con la ineficacia que nace de no empezar por una seria, profunda, austera reforma moral del mismo reformador. Y comprende el *héroe* de Tolstoi que lo que tiene que hacer es... empezar por sí mismo, hacerse él bueno, para poder procurar eficazmente el bien de los demás.

Neklindoff, el protagonista de *Resurrección*, sigue el

mismo camino. Verdad es que se indigna ante las injusticias y torpezas de la ley; que estudia y censura el *derecho* penal y los procedimientos; que se mezcla a la vida de los presidiarios para procurarles alivio... pero no va a esto como el inglés que encuentra repartiendo biblias en Siberia, sino siguiendo la propia reforma, el cumplimiento de un deber personal: y al cerrarse la novela, a pesar de tanta materia de psiquiatría social, por decirlo así, como en ella se ha tratado, lo esencial es todavía la reforma interior de Neklindoff, el nuevo sentido que le encuentra a la vida; la abnegación, el bien; lo que aprendió en el *Sermón de la montaña*, el día que lo leyó a la luz de la aureola espiritual de la gracia...

CLARÍN.

Oviedo, abril, 1900  
(Lissorgues, 1989, II, págs. 214-223)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**